



En los Brazos del Highlander

-Cautivada-

Iris Vermeil

EN LOS BRAZOS DEL HIGHLANDER

-CAUTIVADA-

©Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: En los Brazos del Highlander –Cautivada-

Copyright © 2018 – Iris Vermeil

Primera edición, agosto 2018.

Dedico este libro a toda mi familia por confiar en mí, a mi perra Lua por tantas tardes a mi lado y a Daniel, mi mayor inspiración. Rindo homenaje a mi estimada Escocia, a la que le debo un milagro. Sobre todo, quiero dedicar este libro a los corazones heridos que, con el tiempo han vuelto a amar.

Disfrutad de la lectura. Con mucho cariño, Iris Vermeil.

Capítulo 1

1402, d.C.

Castillo de Dunakin

Isla de Skye, Escocia

Lady Elea MacKinnon solía dar largos paseos matinales en su majestuosa yegua *Hera*. Galopaba audaz esquivando con maestría los altos árboles entre los frondosos bosques, saltando riachuelos con gran habilidad. Era un ejemplar magnífico de percherón de color canela, con los flecos de las extremidades en tono beige, igual que su larga crin y sedosa cola. Fue un

regalo de su difunto padre en su decimotercer aniversario, desde que miró a los ojos a aquel caballo le tomó un afecto muy especial, un gran vínculo les unía.

-¡Vamos *Hera!* -animó al animal-. Puedes hacerlo mejor, preciosa.

El animal relinchó y galopó con más ímpetu. Saliendo de la espesa vegetación, la joven se quedó fascinada al ver el paisaje de su derecha. Estaba amaneciendo, los primeros rayos de sol destellaban en el mar como si de diamantes sumergidos se tratara. Las tonalidades naranjas, amarillas y rosadas pintaban el colosal cielo. Le encantaba inhalar la brisa marina y observar la hierba fresca con gotas de rocío, venían a sus fosas nasales notas salinas y los campos verdes se rodeaban de florecillas, parecían motas espolvoreadas por doquier, en tonos malva y blanco, aquello le transmitía paz. A lo lejos, inmensas montañas se alzaban casi tocando con el firmamento. Se sentía afortunada de vivir en un lugar tan hermoso como ése.

-¡¡Woohoo!! –Gritó a pleno pulmón cuando se puso en pie a lomos de su yegua, abrió los brazos y se sintió eufórica.

Estaba tan pletórica, que no se percató que un grupo de guerreros habían acampado más abajo de la colina, a orillas del mar. Uno de ellos estaba contemplando con curiosidad tal espectáculo mientras desayunaba sentado en una roca. Paró atención en la larga melena oscura de la muchacha que ondeaba al viento, *jamás había visto a una mujer hacer algo así* pensó asombrado. Como si ella pudiera leerle el pensamiento le miró directo a los ojos.

El hombre se sintió hechizado por esa intensa mirada, puesto que los ojos de Elea no dejaban indiferentes a nadie, de color avellana y espesas pestañas. En ese momento ella se volvió a sentar en la montura y se sintió retraída que un

extraño la hubiera descubierto cabalgando tan salvajemente. No sabía quién era ese tipo, no reconocía bien el color de su tartán. Por precaución, paró en seco a *Hera* haciéndole posar únicamente sobre sus dos patas traseras. El guerrero se quedó sin aliento al ver semejante escena, la joven dio media vuelta con intención de regresar al castillo, se había alejado ya demasiado y era peligroso.

Capítulo 2

Elea era la hija del antiguo laird del clan MacKinnon que, desafortunadamente murió un par de años atrás de unas intensas fiebres. Dejando vacío el puesto de señor del clan lo tomó Darren, el hermano mayor de la joven, quien contrajo matrimonio con lady Morgana MacKay, uniendo así tanto sus vidas como ambos clanes. Era una buena mujer, enseguida se habían tomado mucho aprecio y su hermano era muy feliz junto a ella, mucho más ahora que esperaban su primer hijo.

Al volver del paseo, dejó a la incansable *Hera* en las caballerizas y se dirigió hasta el interior de la fortaleza. El castillo donde vivían estaba a lo alto de una colina, desde su ventana podía ver el inmenso mar. Los guardias aguardaban en las prominentes torres, vigilando con precaución que nadie ajeno se acercara. Diariamente, los guerreros se dedicaban a entrenar con esmero y dedicación en el patio de armas, tenían muy buena reputación, estaban preparados por si cualquier imprevisto surgiera.

Lady Elea, estaba desaliñada y sudorosa, nada adecentada. Rápidamente, se fue a cambiar los pantalones de montar, su hermano la regañaría por usar ropas tan poco femeninas si la viera, por ello, se vistió con un sencillo vestido marrón y se recogió el cabello en una trenza.

A Darren, no le agradaba en exceso que montara de esa manera pues no era de señoritas y podía lastimarse. En ese instante, el estómago le rugió recordándole que no había probado bocado desde la cena del día anterior, así que, se dispuso a ir a las cocinas. El rico olor del caldo hirviendo a fuego lento la embriagó, las sirvientas cortaban verduras y deshuesaban la carne fresca de cerdo, otras se dedicaban a entrar y salir con ropajes para lavar y tender fuera. Cogió un tazón de leche y galletas de avena cuando se dispuso a sentarse en la mesa a desayunar, Iona entró agitada por la puerta.

-Milady -se apresuró a decir secándose el sudor de su frente con el delantal.

-Iona, querida ¿cuántas veces debo decirte que me llames por mi nombre? -la regañó con cariño.

-Oh, lo siento...pero estoy tan nerviosa que...que... -titubeó.

-¿Qué es lo que ocurre? -Preguntó sorbiendo la leche.

-Tengo que decirte esto con urgencia, no puedo callar.

Al oír tanto apremio en las palabras de Iona, Elea ordenó a las demás mujeres;

-Por favor señoras, dejadnos a solas.

Las sirvientas asintieron, pararon de hacer sus quehaceres y con una pequeña reverencia abandonaron el lugar.

Iona era su doncella, pero ante todo eran amigas. Elea, tenía confianza plena en ella y la consideraba en todas las decisiones que tomaba. A pesar de ser humilde era una muchacha franca y muy risueña. Tenía los cabellos ondulados cobrizos y los ojos marrones almendrados, en su bonito rostro, en concreto en su nariz y mejillas, se difuminaban varias pequitas tostadas, que la hacían

tener una apariencia dulce y aniñada.

-Verás... -comenzó a hablar-. Pasaba por la biblioteca por si se le ofrecía algo a mi señor... digo, a tu hermano -corrigió-, y oí algo que no debí prestarle atención pero me quedé escuchando detrás de la puerta... -gimoteó-. ¡Oh, porqué seré tan chismosa!

-¿Qué es lo que dijo para que te alarmara de este modo? -preguntó chocante.

-Le comentaba a la señora Morgana que venían desde un lugar muy lejano para desposarse contigo.

-¡¿Qué?! -exclamó levantándose de la silla-. ¿Qué tonterías dices Iona? -se inquietó-. Debiste oír mal.

-No, no oí mal... -dijo tajante-. Tu hermano ha arreglado tu matrimonio con alguien de un clan amigo.

-No, eso no es posible... -dijo incrédula-. No sería capaz de hacerme algo así, ahora mismo voy a hablar con él -añadió molesta.

-¡Espera! -alzó la voz Iona-. Por favor no digas que yo te lo he dicho, no quiero ser castigada.

-Puedes estar tranquila, no pronunciaré tu nombre.

Capítulo 3

Fue directa a la biblioteca, allí donde encontraría a Darren. La muchacha no podía creer esa barbarie.

-Dime, mirándome a los ojos que no es cierto lo que acabo de escuchar -alzó la voz con rabia irrumpiendo en el lugar.

La joven les hizo creer que estaba fisgoneando detrás de la puerta, para cubrirle las espaldas a su amiga. Morgana, que seguía con su esposo la miró con pesar y le acarició los hombros.

-Hermana... no quería que te enteraras de este modo -estableció serio, sentado en una butaca de piel.

-¿Te crees con derecho a organizar mi vida?! -preguntó encolerizada-. ¿¿Qué hay de mis sentimientos?!

-No me hables en ese tono, recuerda quien soy -replicó.

-¡Oh! Disculpe mi señor -ironizó cruzándose de brazos.

Darren respiró hondo, iba a perder la paciencia, su hermana tenía peor carácter que cien de sus hombres después de una batalla perdida.

-Siéntate cielo -le ordenó Morgana en tono cariñoso-, debéis conversar apaciblemente.

Se sentó de malas maneras, resignada enfrente de su hermano.

-¿Tú lo sabías? -preguntó ofendida Elea.

La mujer del laird asintió.

-¿Por qué me lo ocultaste? -se le tornaron los ojos vidriosos-, pensé que me apreciabas...

Morgana hizo un amago de hablar pero su esposo la corto y le pidió que les dejara a solas.

-Estaré en mis aposentos, si se te ofrece algo... no dudes en venir -susurró al oído de la joven.

Ella no respondió, estaba muy afectada como para hacerlo.

-Pronto, no sé cuándo exactamente, vendrán tiempos de guerra... -comenzó a explicar su hermano-. Por eso debemos aliarnos con uno de los clanes más poderosos de las *Highlands*, los Sutherland. El laird de ese clan ya está muy mayor y demasiado enfermo como para luchar, su hijo mayor Daniel, le sucederá en cuanto contraiga matrimonio.

- ¿Y por qué yo? Ni siquiera le conozco. Es injusto que me utilices a mí para tu propio beneficio.

-Claro que lo conoces, nuestras familias siempre han tenido amistad, ya desde que nuestros padres vivían y no es sólo por mi interés sino por el bien del clan.

-Yo no recuerdo a ese tal Daniel Sutherland... -se cruzó de brazos con el ceño fruncido-. ¿Qué clase de hombre es, que pide mi mano sin conocerme?

-A él también le tomó por sorpresa la noticia, pero razonó en que era lo mejor -añadió-. Además, es un gran guerrero por no decir el mejor, no le hubiera propuesto desposarse con mi hermana si no hubiera considerado que es un buen hombre y te tratará como mereces.

Elea mantuvo la mirada a su hermano con aversión al escuchar que realmente era cierto lo que le había dicho Iona y fue decisión de él todo aquel enredo.

-¡¡No!!

-Hoy mismo -continuó ignorando a su hermana-, llegará para conocerte y en una semana se celebrará el enlace. Después, tu deber será partir junto a él a sus tierras.

-¡¿Hoy?! -exclamó incrédula-. ¡¿Una semana?!

-No me hagas repetirlo de nuevo -masculló-. Arréglate como una dama decente y sé amable con tu futuro esposo, no vayas a ser impertinente con tus comentarios -ordenó-. Organizaremos una gran fiesta de bienvenida al anochecer.

En ese momento se oían los cascos de los caballos a lo lejos, Darren, se levantó y miró a través del cristal de la ventana, vio a una quincena de guerreros del clan Sutherland cruzando el puente de piedra para llegar a la fortaleza liderados por Daniel.

-Aquí llegan -anunció.

-Darren, ¡no quiero casarme! -dispuso.

-¡Te casarás quieras o no! -alegó autoritario-. Aprovecha los próximos días para ir conociéndole, después os uniréis en matrimonio sin ninguna objeción.

A Elea se le derramaban lágrimas por su rostro al oír las rudas palabras de su hermano. Salió presa de impotencia de la biblioteca y corrió hacia su habitación. No quería ver a nadie, quería desahogarse en silencio. Creía estar en una pesadilla, no dejaba de pensar en cómo sería aquel hombre al que llamaría esposo. ¿Cómo la trataría si ella no confiaba apenas en nadie?, hasta

su hermano que, en tanto creía, la había decepcionado haciéndole esa encerrona sin haber contado con su opinión y Morgana le había encubierto. ¿Cómo iba a casarse si todos los hombres le parecían odiosos y detestables fieras mugrientas? Ella sentía que aún no había llegado su hombre perfecto. Se casaría en una semana con un forastero, le gustara o no y él se la llevaría lejos a empezar una nueva vida, lejos de Skye, lejos de su hogar.

Capítulo 4

Cuando invitaron a los MacKinnon al castillo de Dunrobin, Daniel Sutherland nunca imaginó lo que su amigo Darren le iba a proponer. Esa noche, durante la cena junto a sus padres y sus hermanos debatieron que lo mejor era aliarse oficialmente y qué mejor que uniéndose en matrimonio con su querida hermana Elea. Él, en un principio no estaba de acuerdo, aquella noticia le había cogido por sorpresa. Recordaba a la joven pero apenas sabía nada de ella. De la última vez que la vio había pasado ya mucho tiempo, cuando aún eran unos críos. Sin embargo, había llegado el momento en que cambiaría su vida. Tenía que centrarse en un cargo muy importante, él sería el nuevo laird de su clan, ¿estaba preparado para eso? Por el deber, la honra a su familia y a su pueblo, reflexionó sobre esa idea detenidamente y, la aceptó. En pocos días prepararon el viaje, su padre, no podía viajar por el delicado estado de salud en que atravesaba y se quedó junto a su madre con gran pesar de no poder ver a su hijo casándose, por lo que se llevó a sus dos hermanos Gared, que era el mediano y Niamh el menor, junto a un grupo de guerreros a ser testigos de dicha unión.

Los *highlanders*, llegaron al castillo de Dunakin. Les recibieron Darren y

Morgana junto a varias sirvientas y sus mejores guerreros. El laird Mackinnon era alto y de cabello oscuro como su hermana con grandes ojos marrones, hacía muy hermosa pareja con lady Morgana, que era una belleza sin igual de cabellos ondulados en tono rubio oscuro y sus ojos eran una mezcla de verdes.

-Bienvenidos, os estábamos esperando -saludó Darren-, ¿habéis tenido buen viaje?

-Sí, el tiempo ha sido agradecido. Pero estamos cansados de cabalgar tantos días -respondió Daniel bajando de su caballo negro, *Sultán*.

Las sirvientas más jóvenes murmuraban vergonzosas ante los hombres, eran muy apuestos. Nadie dudaba que fueran hermanos, sus rostros eran muy parecidos con facciones duras y de mirada azul cielo. Lo único curioso que los diferenciaba era su tonalidad de cabello. Niamh tenía la cabellera pelirroja, su hermano Gared, dorada como el sol y Daniel, sin embargo, era moreno.

-Las habitaciones ya están preparadas y si lo deseáis podéis tomar un baño – añadió-. Ordenaré que os suban algo de comer.

-Eso sería muy reconfortante, lo agradeceremos -sonrió Gared.

-¿Cómo os encontráis, lady Morgana? -preguntó con cortesía Daniel.

-Bien afortunadamente -contestó-. Aunque debo reposar con frecuencia por los mareos.

-¿Dónde está la futura mujercita de mi hermano? –se interesó Niamh contemplando su alrededor.

-Oh, ella... no se ha tomado muy bien la noticia y bueno... -dijo dudoso Darren-. Acompañadme es mejor que pasemos dentro.

Los hombres entraron al castillo, tomaron whisky en la mesa del salón mientras que Darren le comentaba lo disgustada que estaba su hermana.

-¡Una mujer de armas tomar! -Se mofó Niamh dándole una palmada a su hermano en la espalda.

Daniel le dio un codazo por el desafortunado comentario.

-¡Cierra la boca!

-A veces su temperamento es algo rebelde -dijo Morgana.

-Eso no lo habías comentado -rió Gared-. ¡La que te espera hermanito!

-¡Ya basta! -Alzó la voz-. Tened más respeto u os daré en el hocico a los dos.

-¡Está bien! Relájate -dijo Niamh alzando las manos.

Los tres hermanos, después de charlar un rato se fueron a sus recámaras a descansar un poco, una vez aseados y con el estómago lleno, claro. Las habitaciones eran amplias y confortantes, después de un viaje tan agotador aquello era el paraíso. La cama era ancha y habían dejado unas mantas sobre ella, para la noche. Las vistas eran asombrosas, se veía el mar que, resplandecía. Las olas picaban en las rocas de los acantilados y los pájaros planeaban sobre él dejándose llevar a merced del viento. Esa noche sería muy larga y debían reposar. Daniel estaba impaciente por ver a Elea, a pesar de estar más desaliñada de lo normal, la había reconocido perfectamente esa mañana cabalgando en la llanura. Se hacía muchas preguntas recostado en uno de los ventanales admirando el paisaje ¿le aceptaría como su esposo?, según Darren se había tomado muy mal la noticia, ¿congeniarían una vez casados? esperaba que juntos supieran llevar adelante el clan y todo lo que concierne a ser los señores de sus tierras. Quería manejarlo a la perfección, así como su padre lo había hecho y con anterioridad su abuelo. No quería decepcionar a su

gente, esperaban mucho de él. Era un hombre muy honesto y justo, el pueblo estimaba mucho a aquellos hermanos, en especial a él. ¿Acogerían también a su esposa? Procuró asearse y cambiarse las ropas para estar decente ante Elea, quería darle buena impresión después de tanto tiempo sin verse.

Capítulo 5

Mientras tanto, Elea se tomaba un baño caliente con aceites esenciales de flores en su alcoba, obligada por órdenes de su hermano las mujeres la aseaban y la enjabonaban con esmero. Su habitación era muy femenina y romántica. La cama reposaba en una de las paredes, tenía un bello dosel de color crema con sabanas bordadas de hilos dorados y violetas. Al lado de la ventana descansaba un pequeño tocador de madera y una silla acolchada donde se arreglaba el rostro y los cabellos. La joven, no sabía que en las habitaciones contiguas se encontraban su futuro marido y cuñados. Pasó toda la tarde encerrada, no quería encontrarse al tal Daniel ni mucho menos a su hermano, seguía dolida con él.

-¿Cuál crees que me favorezca más? -preguntó Elea con desgana observando los tres vestidos posados en su cama.

-A mi parecer descartaría el verde, es demasiado oscuro -respondió Iona.

-Mmm... sí tienes razón.

-¿Qué tal el azul?

-El granate me agrada mucho más -opinó.

Iona, ayudó a vestir a la joven y a peinar sus ondulados mechones trezándolos

y colocando bellos adornos de florecillas blancas entre los huecos.

-Vaya -se sorprendió-. Estás hermosa, querida.

El tono del vestido le realzaba el moreno de pelo y el color de sus ojos. El escote era cuadrado, se dibujaba una cenefa de flores con hilo dorado, igual que en las amplias mangas y en la cintura. La tela se ceñía al cuerpo, amoldándose a su esbelta figura y destacando sus pequeños senos, así como, sus caderas.

-Lo que estoy es muy nerviosa -dijo la joven frotándose las sudorosas manos.

-Deberías bajar ya, se está haciendo tarde.

-No puedo hacerlo -añadió presa del pánico-, avísale que no bajaré.

-Vendrá a buscarte por la fuerza.

-¡Avísale! -repitió histérica-. ¡No quiero bajar!

En la sala, habían ordenado traer varias mesas más para toda la gente que ahora se encontraba en el castillo. Tapices de la familia bordados a mano colgaban en las frías paredes de piedra, armaduras y espadas de los antepasados MacKinnon se lucían como tesoros en el granito. Las mujeres de la servidumbre entraban y salían con grandes jarras de cerveza y whisky, las fuentes de guisos se repartían por aquí y por allá. Esa noche nadie pasaría hambre ni sed. No faltaba ningún detalle, la estancia estaba iluminada por antorchas de fuego y los hombres conversaban entre ellos cómodamente sentados en los bancos de madera. Los guerreros se distribuyeron por libre albedrío, muchos de ellos eran conocidos y amigos e incluso familia. Darren, estaba inquieto, sentado junto a su esposa presidiendo la mesa a la espera de su hermana.

-No sé porqué tarda tanto esta mujer -masculló agarrando con fuerza su copa.

-Bajaré cariño -intentaba Morgana tranquilizar a su esposo-, ten paciencia, las mujeres nos tomamos nuestro tiempo para arreglarnos.

Él prefirió no molestarla en todo el día, no le gustaba estar en disgusto con su única hermana pero si no le hablaba en tono dominante, ella no entraba en razón. Sabía cuánto le dolía lo que él había planeado para ella, pero un día se lo agradecería. Todo era por su bien.

-Quizá esa muchacha se haya fugado sin darnos cuenta -rió por lo bajo Niamh.

-No digas estupideces, vas a indisponer a Daniel -riñó Gared a su hermano menor.

Está claro que no está de acuerdo con el enlace. Pensó Daniel incómodo.

-Iré a ver lo que ocurre -se levantó Darren del asiento.

-Mi señor -apareció Iona haciéndole una corta reverencia.

-¿Dónde está la necia de mi hermana? -dijo entre dientes, enfadado.

La joven doncella no supo qué contestar, se quedó parada enfrente del laird ¿cómo le iba a decir que Elea no iba a bajar?, pensó rápidamente alguna excusa pero cuando vio al guerrero de mirada azul situado detrás de Darren se quedó sin habla. Jamás había visto a un hombre tan varonil. Al hermano de Daniel, le pasó lo mismo con ella, sus ojos le sedujeron, su cuerpo ajustado a aquel vestido azul oscuro le excitó. Era una muchacha muy bella y de expresión tierna, no obstante, sus cabellos de fuego acapararon toda su

atención.

-Iona, responde ¿Dónde está mi hermana? -bramó haciéndola volver a la realidad.

Se dispuso a darle una explicación cuando apareció Elea por las escaleras.

-Aquí me tenéis, hermano -alzó la voz, altiva.

Capítulo 6

Se hizo un silencio espectral, todos los presentes se levantaron al verla como símbolo de respeto. Iona, respiró aliviada al ver que se había armado de valor y había bajado. La muchacha mostró seguridad pero en su interior estaba temblorosa y angustiada. Alzó la barbilla orgullosa y fijó los ojos en su hermano, desafiándolo.

Al bajar las escaleras Daniel no podía quitar sus ojos de ella, estaba tan hermosa... no tenía nada que ver con la mujer que había visto esa misma mañana. Se acercó para recibirla. Estaba anonadado observando su figura, su elegancia, su tez blanca... La jovencita que recordaba cuando era un niño se había convertido en una mujer irresistible, se sintió muy atraído por ella.

Elea, ajena a las miradas de éste, paró al lado de su hermano quién anunció:

-Yo, laird del clan MacKinnon os presento a mi hermana, Elea MacKinnon, quién contraerá matrimonio con Daniel Sutherland y así con su enlace uniremos nuestros clanes y seremos aliados.

Al pronunciar tales palabras el guerrero hizo una perfecta reverencia a ésta besando su mano con galantería. Los demás guerreros vitorearon y aplaudieron la aclamación.

Cuando sus miradas se encontraron, le reconoció, apartó la suya modesta y le volvió a mirar. Era el guerrero que la descubrió con *Hera* esa mañana. *¿Me habrá reconocido?* Al verle tan de cerca pensó que tenía unos ojos que quitaban el sentido. Eran seductores, de una tonalidad azul cielo con pequeñas líneas grisáceas. No podía dejar de mirarle. Se fijó en las duras facciones, que le hacían muy varonil, llevaba una barba arreglada, las sienes trenzadas y el cabello ondulado oscuro como el suyo caía por los hombros.

-Me complace volveros a ver, milady -sonrió Daniel a la joven.

-No puedo deciros lo mismo, milord -enarcó una ceja arrogante.

-Elea, como te atreves... -la asió del brazo su hermano-. Te advertí que te comportaras.

-¡Suéltame! -espetó.

-No es correcto que me habléis así, milady.

La muchacha resopló.

-¿Recordáis a mis hermanos Gared y Niamh?

Los aludidos le hicieron una reverencia y ella les saludó cordialmente.

Los tres eran muy corpulentos, de la misma altura, sus cuerpos estaban moldeados por la batalla y el duro entrenamiento.

-Disculpadme, pero no os recuerdo.

-No os preocupéis, éramos pequeños -comentó Gared.

-Espero que disfrutéis de la cena y celebremos todos juntos este día tan especial ¡Sláinte! -brindó Darren.

-¡Sláinte! -se unió todo el mundo allí presente.

Elea estaba sentada al lado de su hermano y a su izquierda la acompañaba Daniel.

-¿No soy lo que esperabais, cierto? -le preguntó el guerrero, degustando el cerdo asado.

-Más bien, no os esperaba -respondió bebiendo de su copa-. No entraba en mis planes desposarme con un extraño y alejarme de mis tierras.

-¿No os acordáis de mi?

-En absoluto.

-Yo sí que recordaba a la hermanita traviesa e intrépida de mi buen amigo Darren.

-Pues yo a vos, no -dijo en un tono de burla.

-Nuestro castillo está a pocos metros del mar -comentó-. Sólo que rodeado de un espeso bosque...

-Mmf... -estableció sin interés.

-Si os soy sincero, yo tampoco esperaba que a mi futura esposa le gustara cabalgar cual guerrero.

Lo sabía, sabía que me había reconocido.

-Estoy segura que ninguno de vuestros hombres podría montar como lo sé hacer yo, ni siquiera vos -le retó con la mirada.

-Por supuesto que sí -se ofendió-, cuando queráis os lo demostraré.

-Bien -finalizó cortante-. Haréis el ridículo.

-Es una pena, mi lady -añadió Niamh-, que no tengáis más hermanas, serían igual de bellas que vos.

Daniel le dio una patada por debajo de la mesa haciendo que Niamh expresara una mueca de dolor.

-Qué amable sois -sonrió.

Él, que conocía al mujeriego de su hermano le dirigió una mirada indicándole que fuera cuidadoso con sus palabras. Pensó que le iba a costar mucho trabajo lidiar con aquella jovencita tan soberbia.

-Elea, mañana podrías visitar junto a Daniel el pueblo -sugirió-. Los aldeanos están muy contentos e ilusionados por el enlace.

-Serán los únicos... -dijo entre dientes.

-¿Disculpa?, no te he oído bien.

-No es mala idea -disimuló.

-Ojalá pudiera acompañaros -se apenó Morgana-. Pero últimamente estoy indispuesta por las mañanas.

-Tranquila, querida -agregó Darren acariciándole la mano-. Tú debes descansar, pueden ir ellos dos solos.

-¿Solos? -dijeron al unísono la pareja.

Los dos se giraron para mirarse. Elea se aclaró la voz y añadió:

-Me quedaría más tranquila si nos acompañara Iona y tal vez alguno de sus hermanos -añadió mirando a Gared y a Niamh.

-Estaría encantado de acompañaros milady -dijo Gared.

-Sí, yo también -agregó Niamh-. Podremos disfrutar de los fabulosos paisajes de la isla.

-Bien, si lady Elea lo desea, visitaremos a vuestras gentes mañana temprano -concluyó Daniel.

**Sláinte: Salud.*

Capítulo 7

Durante la noche, lady Elea estaba muy incómoda con Daniel, apenas le dirigía la palabra y si lo hacía le hablaba con desgana. Una vez concluida la cena, los invitados comenzaron a tocar las gaitas y tambores además de sacar a las muchachas al centro del salón para bailar. Todo el mundo se divertía y reía, era una noche de celebración y festejo. Elea iba a contraer matrimonio y

los guerreros estaban orgullosos de que su clan se uniera con los Sutherland, brindaban alzando las jarras de cerveza y aplaudían animando a los músicos. La joven, en cambio, no le apetecía nada continuar ahí. Necesitaba distraerse y aprovechó un instante para hablar con Iona que se encontraba en la cocina. Morgana estaba demasiado cansada para seguir la juerga y decidió retirarse a descansar a sus aposentos. Daniel observó como ella se alejaba y decidió seguirla, por si corría algún tipo de peligro. Demasiados hombres bebían whisky sin cesar y podrían propasarse con ella.

-No soporto esta situación -masculló rabiosa sentándose en la silla.

Él se quedó en la entrada de las cocinas cuando oyó esas palabras, no quería ser descubierto.

-Debes poner de tu parte -comentó su amiga.

-Esto no va a salir bien -agachó la cabeza tapándola con sus brazos.

La doncella se sentó junto a su amiga y con sinceridad le comentó;

-Sé que has sufrido mucho, lo sé -comenzó a decir posando una mano en su brazo-. Pero por culpa de un sólo hombre no les vas a juzgar a todos por igual ¿o sí?

-¿No...? -preguntó dudosa.

-¡Por supuesto que no! -la regañó-. Algo me dice que Daniel es un buen tipo, debes darle una oportunidad, ¿has pensado en si él no se sentirá igual casándose por una cuestión de alianza y no por amor?

-No, no lo he pensado -dijo cabizbaja.

Daniel se sintió mal por estar escuchando una conversación tan íntima. A Elea la habían lastimado ¿por qué razón? ¿Quién se había atrevido a dañarle el corazón? Entendía ahora un poco más, por qué se comportaba de ese modo, parecía llevar consigo una coraza que no le dejaba demostrar quién era ella realmente. Aquella sirvienta Iona llevaba razón, a él también le confundió todo el tema del matrimonio, le había pillado por sorpresa. En ese instante, se propuso ganarse su cariño y su confianza como fuere.

-¿Mi señor, qué se os ofrece por aquí? -preguntó una muchacha de la servidumbre sorprendiéndole.

Daniel tosió e intentó disimular, ambas jóvenes se levantaron a fisgonear quien andaba por ahí.

-Estaba buscando a...

-¿A mí, tal vez? -acabó la frase Elea.

-Sí milady, os buscaba a vos -respondió-, ¿os apetecería dar una paseo?

-¿Ahora? Hará frío allá fuer...

Iona le dio un empujón y le avisó con la mirada para que le acompañara.

-Iré a por mi capa, dadme unos minutos.

Daniel la esperaba en la puerta de la fortaleza cuando Elea apareció con una capa larga, aterciopelada del mismo color granate que su vestido.

-Ya estoy aquí, salgamos.

Se dirigían hacia las caballerizas dando un paseo, el sonido de las gaitas y de la alegría de los invitados se alejaba para dar paso a otros nuevos, los insectos que revoloteaban por las hierbas, algunos búhos escondidos entre las ramas de los árboles, los pájaros que revoloteaban al encontrarse con ellos y se iban espantados a otro lugar. Aquella noche primaveral, estaba algo fría pero no tanto como ella se lo imaginaba. Las estrellas cubrían el cielo oscuro, al día siguiente saldría el sol resplandeciente y haría un magnífico día, pues no había ni una sola nube.

-Debo disculparme con vos, he sido grosero con mis palabras -comentó el guerrero.

-No tengo nada que disculparos -añadió seca.

El silencio estaba presente entre ellos dos, pues ambos no sabían de qué conversar. Elea ni siquiera quería estar ahí.

-¿Quién os enseñó a montar de ese modo? -preguntó el *highlander*.

-Yo misma aprendí.

-Si os soy sincero, me sorprendió gratamente.

Esa confesión a ella le agradó y la hizo reír. Al menos, eso significaría que allá donde la llevara podría cabalgar sin hacerlo a escondidas. El guerrero

sintió fuertes palpitaciones al ver la sonrisa de la joven. La expresión agria que había tenido toda la noche se había borrado de su semblante y ahora parecía más angelical. La luna se reflejaba en sus hermosos ojos, la miraba absorto. En un arrebato la besó, dejando a Elea sin aliento, saboreó el dulce aroma de sus labios, suave y delicado como él lo había previsto. No podía contener la pasión que le despertó desde el primer momento en que la vio y la atrajo más hacia él cogiéndola de la cintura. Ella se quedó inmóvil al no esperarse tal acción *¿Qué está haciendo este hombre?* Se asustó y a la vez se ofendió.

-¿Qué pretendéis ultrajarme? -exclamó irritada, dándole una bofetada-. ¿Por eso queríais traerme hasta aquí?

-No, en absoluto. No sé que me ha pasado.

Eres un completo idiota Daniel, así nunca vas a ganarte su respeto.

-¡Sois un desvergonzado y un majadero! -bramó alejándose de él para regresar al salón.

Por un momento pensó que quería propasarse con ella. Allí dentro, todo el mundo seguía festejando la unión de los clanes. Darren charlaba con sus guerreros mientras que Iona, sin ser vista, observaba como se divertían los hermanos Sutherland coqueteando y bailando con las muchachas del servicio. La doncella se sintió estúpida al adular con la mente a ese hombre el cual acaparaba toda su atención.

El laird se percató que su hermana entraba alterada y la paró.

-¿Qué te sucede Elea? -Preguntó con preocupación.

-¡Ni me dirijas la palabra! -Gritó con los ojos vidriosos-. Te odio, nunca te voy a perdonar lo que me has hecho.

Darren se quedó helado, nunca había oído esas palabras tan duras salir de la boca de su hermana. Iona, también la vio entrar y fue detrás de ella para ayudarla. Pensó que nada bueno había sucedido allá fuera.

-¿Qué le has hecho a mi hermana? estaba llorando muy enfadada -preguntó cuando Daniel entró en la sala con intención de seguirla y aclarar el malentendido.

-La besé -confesó-. Lo siento, nunca me imaginé que se pondría así...

Darren le miró con dureza.

-No debiste hacerlo aún, ten más paciencia -dispuso-, esto es como domar a un caballo salvaje.

Elea quería estar sola y echó a correr escaleras arriba encerrándose en su alcoba.

-Lo siento Iona, necesito estar a solas -dijo con un hilo de voz.

-Está bien, no te molestaré -comentó detrás de la puerta.

La joven se cambió las ropas y se despeinó malhumorada. Al tumbarse en su cama recordó aquél suceso, no esperaba que el *highlander* la besara tan

pronto. Se sentía extraña y confundida, demasiados sentimientos le venían de repente. Pero lo que despertó ese beso en Elea aunque ni ella misma se diera cuenta nunca más se iría de su corazón.

Capítulo 8

Los rayos de sol se colaban entre los vidrios y el cortinaje de la habitación de Elea. *Un día menos para marcharme de aquí.* Afligida, fue lo primero que pensó al abrir los ojos. No había pasado buena noche, dándole vueltas a todo lo relacionado con su matrimonio apenas pudo dormir. Alguien tocó a la puerta:

-¿Quién es? -Preguntó con desgana recostada en la cama.

Nadie respondió, a los pocos segundos volvieron a tocar.

-Oh, ¿se puede saber quién es? -alzó la voz con fastidio.

Se levantó irascible, al no recibir respuesta abrió la puerta pero no encontró a nadie allí fuera, al cerrarla se percató de un par de flores rojas con una nota que reposaban en el suelo.

-¿Quién habrá dejado esto aquí? -murmuró extrañada al recogerlas.

En ese preciso momento venía Iona con el desayuno de la joven.

-Buenos días, ¿cómo has amanecido? -preguntó con cautela.

-Con dolor de cabeza -respondió tocándose las sienes y regresando a su cama-, esa gente no se callaba y yo no paraba de pensar en...

En el beso que le dio ese hombre pues, a medida que pasaban las horas de la noche, Elea pensaba más y más en aquel momento. Al recordarlo, le venían sensaciones que nunca había sentido, chispas de adrenalina crecían en ella al recordar con cuanta pasión la besó Daniel.

-¿En qué?

-En nada. Olvídalo -concluyó con desgana-. ¿Has dejado tu esto en mi puerta?
-Señaló.

-¿Yo?, en absoluto, he estado en las cocinas preparando los desayunos.

-Veamos qué dice...

Empezó a leer en voz alta la pequeña nota:

Con estas flores quiero ofreceros mis más sinceras disculpas, aunque sé que mi atrevimiento no tiene perdón.

Daniel Sutherland

-¿De qué habla?

-Anoche Daniel me besó -confesó Elea.

-¿Te besó?!

-Me asusté y le di una bofetada -rió por lo absurdo que sonaba.

-Oh, Elea... -rió con ella-. ¿Y qué sentiste?

-¿En ese momento? Que era un cretino.

Iona se carcajeó.

-Jamás me habían besado de esa manera... -se tocó los labios cerrando sus ojos-. ¿Qué estoy diciendo? ¡Ese hombre es un engreído!

-Yo lo encontré muy gentil.

-¿Gentil? -ironizó-. Eso es porque no conversó contigo.

-Verás, hay algo que debo decirte... -añadió-. Hay alguien que me gusta, fue verle y sentir que estaba entre las nubes -suspiró.

-¿Es algún guerrero? -preguntó Elea metiéndose una cucharada de porridge en la boca.

-Sí pero no de este clan.

-¿Sutherland?

Iona asintió, se le pusieron los ojitos vidriosos tragó saliva y continuó;

-Ay Elea... Creo que me he enamorado de uno de los hermanos de tu futuro esposo, Gared.

Elea abrió los ojos sorprendida ante aquella revelación.

-Aunque debo ser realista, no soy merecedora de él.

-¿Por qué dices eso?

-Sólo soy una doncella -añadió con resignación-. Notaba que él me miraba con curiosidad anoche mas también tonteaba con las demás muchachas...

-¡Malditos hombres! -masculló comiéndose el porridge con más ganas.

-Es tan apuesto, tan alto, tiene una sonrisa tan pura, por no hablar de esos ojazos azules...

-Sí... sí que lo es... -suspiró Elea mirando a la nada, pensando en Daniel.

-¿Cómo?

-¿Eh? -volvió a la realidad-. Decía que sí, que los tres están de muy buen ver pero eso no quita que te des tu lugar, eres mucho más que una doncella.

Iona intentó cambiar de tema y le recordó:

-Debes apurarte, tenemos que visitar el pueblo -comentó-. Los hombres ya están listos para partir y los caballos ensillados.

-Oh, lo había olvidado -dijo con inapetencia estirándose en la cama.

Una vez desayunada, la joven se cepilló los cabellos y los dejó sueltos. Se vistió con un vestido azul turquesa de seda, cuando ya estuvo lista las dos amigas salieron conversando más sonrientes hacia las caballerizas. Hacía un día soleado, tal y como lo previó la noche anterior. Los tres hermanos las esperaban junto a sus caballos. Daniel estaba intranquilo, no sabía si Elea seguía de pésimo humor como la anterior noche.

-Buenos días caballeros -saludó Elea cruzándose de brazos.

-Milady, estáis radiante hoy -saludó Niamh.

-También vos, Iona -añadió Gared cordial.

-Gracias -agradeció ésta ruborizada.

Elea y Daniel se miraron unos segundos sin decirse nada hasta que él, por respeto le hizo una reverencia con la cabeza. Ella le miró con desagrado y se dirigió a montar a *Hera*. Hizo un sonido con la boca y la yegua empezó a trotar, seguidos por los demás cruzaron el puente de la fortaleza para dirigirse al pueblo. Elea se percató que Gared y Iona se dirigían miradas coquetas y se sonreían en el camino. Le gustaba ver a Iona ilusionada pero por nada del mundo quería que un hombre jugara con sus sentimientos. Ella sabía perfectamente cómo era llevar la carga de un corazón herido y no se lo deseaba a nadie, mucho menos a su amiga. Cabalgaron por las grandes llanuras del camino pasando por un extenso valle, ninguno de los guerreros quedó indiferente ante esos paisajes.

-Són majestuosas aquellas montañas -comentó Niamh señalando al horizonte donde se distinguían varias puntas rocosas.

-Lo son -sonrió Elea-. Más aún en invierno, la nieve cubre todo lo que es verde a nuestro alrededor.

Daniel no podía más con la indiferencia de la joven ¿tanto se había ofendido por ese beso que ni con una carta de disculpas le iba a perdonar? No le había dirigido la palabra en todo el trayecto, ni siquiera le miraba. Se puso a su altura y dudoso preguntó:

-¿Seguís molesta milady?

-¿Vos que creéis? -respondió altiva mirándole de reojo.

-Pensé que con el detalle de esta mañana me ibais a perdonar -comentó.

-Con una nota y unas flores no vais a comprar mi perdón -añadió seca animando a *Hera* a que galopara más veloz dejando a éste atrás.

Sus comentarios le hicieron soltar palabras toscas y malsonantes.

-Tranquilo hermano, ya te la ganarás -le animó Gared.

-Cruzando aquél puente, ya llegamos al pueblo -anunció Iona.

Capítulo 9

Efectivamente, unos minutos después de pasar por el puente de piedra llegaron los cinco a la aldea. Allá en la entrada les esperaban las gentes del clan con afán, anunciando que los futuros novios habían llegado para presentar su unión al pueblo allegado.

-Desmontaremos en la plaza -informó Daniel-. Darren me comentó antes de partir que es donde tienen los puestos los mercaderes.

Descabalaron y ataron sus caballos en la plaza, a sus alrededores había muchas personas que se habían acercado curiosas a conocer al futuro esposo de lady Elea, querían saber cómo era ese *highlander* que venía de tierras

lejanas y pretendían desearles mucha felicidad.

-Os deseamos que tengáis un buen casamiento -le dijo una señora regordeta.

-Iremos a veros a la capilla, por supuesto -añadió otra más joven.

-Gracias señoras -agradeció cordialmente Elea.

Se percató de las miradas que le dirigían a Daniel las jovencitas como ella y sintió algo extraño por su cuerpo que no había sentido con anterioridad.

-¡Oh señor, qué gusto conoceros! -añadió un anciano-. Nuestro clan se amplía con uno de los mejores, luchadores y honrados, en mis tiempos mozos yo también era un gran guerrero, sabéis.

Daniel sonrió y conversó con aquel anciano que le recordó a su estimado padre.

Mientras Gared, Niamh e Iona descansaban en una taberna bebiendo algo refrescante. La pareja paseaba, parándose a cada rato para atender a los aldeanos. Recorrían cada puestecito de los mercaderes. Unos se dedicaban a vender encurtidos y pescados secos, otros a trabajar la lana y pieles de los animales y así fabricar mantas. Los cazadores mostraban conejos, liebres, palomas, cazados ese mismo día junto a sus más fieles amigos, los perros sabuesos. Les daban de probar los vinos más finos y los mejores whiskys escoceses. Granjeros colocaban los huevos de sus gallinas ponedoras y los quesos frescos de sus vacas y ovejas.

-Milady, os entregamos unas ofrendas -señaló una joven con sus hermanos pequeños-. Mi familia se dedica a hacer jabones y aceites perfumados, sería un honor para nosotros que aceptarais estos presentes.

-Por supuesto que sí, muchas gracias sois muy amable -agradeció sonriente.

El guerrero le gustaba ver a Elea en ese estado, desde que la había conocido no la había visto sonreír de esa manera. Se le veía de lo más dulce, cuando conversaba con los niños y cuando los ancianos se acercaban para darle la enhorabuena. Ya no tenía ninguna duda en que ella era la mujer perfecta para estar a su lado, que sabría hacer la labor de señora sin ningún problema y su pueblo también la acogería y la estimaría como el suyo propio.

-Esperemos que con la bendición de Dios vos también os quedéis en estado pronto como lady Morgana y tengáis muchos herederos -comentó una anciana.

-Seguro que saldrán unos niños preciosos -agregó otra con cariño.

-Oh, bueno... -balbuceó mirando con timidez a Daniel.

No había pensado en eso, hasta que esas dos señoras se lo dijeron ¿hijos? Eso a Elea le dejó pensativa. ¿Estimaría a sus hijos, aunque a su padre no le amara?

-Lady Elea -dijo Daniel al ver cómo le cambiaba la expresión de la cara.

-¿Sí?

-Todo llegará a su debido momento.

-Sí... claro -sonrió.

A ella también le agradaba ver como aquel hombre tan fuerte y corpulento cogía a los bebés en brazos, con sus manos callosas y su rostro imponente, hacía reír a los niños.

-Yo de mayor también quiero ser un guerrero como vos, señor -comentó un crío.

-Yo también.

-¡¡Y yo!!

Daniel le hizo mucha gracia esos comentarios. Quizá, aunque ella no se lo permitía o no quisiera reconocerlo estaba cambiando la opinión que tenía sobre él. Se había comportado de manera arrogante y egoísta, sin pensar en los sentimientos de Daniel. Estaban los dos en la misma línea. No se conocían apenas, ni mucho menos se amaban. A pesar de estar aún molesta con su hermano, tenía que reconocer que aquél fortachón era un gran tipo.

Se reunieron en la taberna con los demás cerca de media mañana, le sabía mal haber dejado a Iona sola con los hermanos Sutherland pero su papel era ser amable con el pueblo.

-Discúlpame, si hemos tardado mucho -susurró Elea.

-Tranquila, he estado muy bien acompañada -sonrió Iona a Gared que estaba sentado en la barra junto a sus hermanos.

-Iona, no quiero que te hagas ilusiones... -añadió, después de beber un trago de vino.

Conversaban en una mesa más retirada.

-Bien sabes que quiero tu felicidad, querida amiga.

-Lo sé, pero no puedo evitar esto que siento cada vez que me mira -suspiró.

La joven respiraba con furia.

-¿Qué te ocurre Elea?

-Me molesta que la tabernera se coma con la vista a Daniel -espetó.

Los hermanos tomaban cerveza y charlaban entre ellos, la muchacha vestida muy extravagante seguramente se sentía encandilada por aquellos hombres de ojos seductores. Aunque Daniel no se percataba de cómo la miraba, Elea sentía rabia pues desde donde ellas estaban sentadas podían oír los comentarios que hacía con otra muchacha que también les servía copas.

-Desearía ser una yegua para que ese moreno me cabalgara -rió-. ¿Has visto que porte tiene?

-Hace meses que no veo a hombres así -cuchicheó-. ¿Estarán comprometidos?

-Menuda descarada un poco más y le pone los pechos en la cara la muy... -
añadió entre dientes apretando la copa de vino.

Iona se carcajeó.

-¿Se puede saber de qué demonios te ríes? -alegó.

-Sí que te importa ese hombre...

-¿A mí? -vaciló-. ¡En absoluto!

-Yo creo que sí, si no, no estarías celosa de la tabernera.

-¿Ce...celosa? -preguntó extrañada-. No sé de qué me hablas.

-Es hora de volver al castillo -anunció Daniel dirigiéndose a ellas dos.

-Oh... qué pena con lo bien que nos lo estábamos pasando -replicó Iona aguantándose la risa-. ¿Verdad Elea?

Elea la miró con una ceja enarcada.

-Si... la mar de bien -murmuró en voz baja.

Capítulo 10

Cargaron los caballos con todos los regalos que les ofrecieron a lo largo de la mañana. Botes de aceites esenciales y jabones, mantas de lana de oveja, velas perfumadas, joyas artesanas, vinos y quesos, botellas de whisky...

Daniel estaba comprobando que todo estuviera en su sitio y Elea dudaba en si debía ir a proponerle lo que se le había ocurrido o no, estaba confundida. Pero se decidió a que era una buena idea, quería pasar más tiempo con él aunque no supiera con exactitud el por qué.

-Daniel... digo, milord -se acercó a él.

-¿Sí, milady? ¿Qué se os ofrece?

-Em...bueno...me preguntaba si... -balbuceó.

Daniel se le quedó mirando expectante.

-Continuad...

-Me preguntaba si os apetecía que os enseñara los terrenos de mi familia.

Al guerrero le sorprendió esa propuesta, sin embargo, le gustó que Elea diera ese paso, le agradaba la idea de estar a solas y conocerse. *¿Qué ha cambiado para que se decida a tomar esa decisión? ¿Me ha perdonado entonces la falta que tuve la noche anterior?* Se preguntaba.

-Ya veo que no deseáis mi compañía... -murmuró mirando hacia otro lado.

-No, no, por supuesto que me apetece –dijo el guerrero-. Podemos almorzar en el camino.

-De acuerdo -asintió tímidamente.

-Gared, Niamh -alzó la voz-. Id hasta la fortaleza, custodiad a Iona, nosotros nos demoraremos más.

Iona miró a la testaruda de su amiga con aprobación, parecía que la dosis de celos le había hecho entrar en razón.

-Así lo haremos -asintió Gared ayudando a montar a la doncella.

-Nos veremos más tarde -dijo Niamh saliendo al trote.

Elea se despidió con la mano de su amiga y añadió:

-¿Estáis preparado para seguirme el ritmo?

-Será todo un reto.

Capítulo 11

Los dos montaron y salieron de la aldea al galope.

-¿A dónde me lleváis milady? -Preguntó con curiosidad subiendo una pequeña pendiente.

-Detrás de estas montañas, se encuentra uno de mis lugares favoritos -añadió-. Es mejor que dejemos aquí a los caballos el terreno es algo rocoso y se podrían lastimar.

-De acuerdo los ataremos a estos árboles.

La muchacha guió al guerrero entre los altos arboles que formaban el bosque, era un lugar hermoso. Las aguas cristalinas dejaban ver el poco nivel de fondo que tenía el pequeño lago, rodeado de piedras de diversos tamaños. Al fondo de aquel embalse, caía el agua en forma de cascadas de unos dos o tres metros de altura, unas más anchas que las otras y, sobre ellas, un extenso prado verde se unía con el húmedo musgo.

-¡Vaayaa! -exclamó Daniel boquiabierto observando el lugar-. ¡Es increíble!

-Mi abuelo me traía cuando era pequeña, me contaba que aquí venía con sus amigos a pasar el rato cuando era joven, siempre narraba historias de sus batallas -comentó con simpatía.

-Es un lugar fascinante se respira paz y tranquilidad -inspiró una bocanada de

aire.

Elea se sentó en unas rocas llanas descalzándose a la orilla del lago, remojando sus piecitos y dejando apoyada la cesta de mimbre donde llevaban el almuerzo.

-El agua siempre es fresca viene de aquella montaña de allá -señaló-, no está estancada del todo así que, podemos beberla sin problemas.

-Gracias por enseñarme vuestro lugar secreto -sonrió descalzándose como lo había hecho ella y sentándose a su lado.

La joven se puso seria.

-¿Qué ocurre, no estáis cómoda conmigo?

-No es eso... -bajó la mirada ausente-, estaba pensando en que ya no podré volver nunca más aquí.

-Lady Elea yo...

-Tranquilo, no digáis nada.

-Quiero que sepáis que os comprendo, no es fácil sobrellevar algo así -se sinceró-, a mí también me costó aceptarlo al principio.

-Pero vos no tenéis que alejaros de vuestros seres queridos -añadió-. Soy yo la que tiene que partir y dejar atrás todo, mi hermano, a Morgana, Iona, mis padres están aquí en estas tierras.

Daniel se quedó reflexivo varios segundos, la muchacha tenía razón pero así eran las leyes de los clanes y debía aceptar las circunstancias para no atormentarse más de aquella manera.

-Puede acompañarnos vuestra doncella si así lo deseáis -propuso.

-¿Lo decís en serio?!

-Claro. Siempre y cuando vuestro hermano lo autorice y ella nos quiera acompañar.

-Oh, muchas gracias -se lanzó a abrazarlo presa de la emoción.

El guerrero se quedó asombrado. Le fascinaba la Elea que no se mostraba cohibida y que se expresaba tal y como se sentía. ¿Podía atreverse a decir que le estaba tomando cierta confianza?

-Disculpad, no quería ser tan emotiva -se apresuró a retirarse-. Iona es muy importante para mí, no sólo es mi doncella, es mi amiga y mi confidente. Su madre fue doncella de la mía, y hemos crecido juntas.

-Se ve que os tenéis aprecio, como he dicho estaré encantado de que venga con nosotros, si eso es lo que os hace feliz, a mi también.

Sus palabras conmocionaron a Elea por lo compasivo y bondadoso que se mostraba.

-¿Almorzamos? –sugirió la joven.

-Sí, os lo iba a proponer ahora mismo -rió-. Estoy hambriento, podría comerme un jabalí entero.

-Aquí donde me veis tan menudita, nunca me canso de comer.

Daniel rió con ella.

La muchacha puso la tela del tartán de su clan de color rojo predominante y líneas azuladas, verdes y blancas encima de la llana piedra y revolvió entre la cesta de mimbre para sacar el almuerzo.

-Estas empanadillas son receta de mi bisabuela, espero que os gusten, las he hecho yo misma -puntualizó.

-Veamos qué tal -dijo dándole un mordisco-. Mmm, están riquísimas.

-Me alegra que os guste.

Elea estaba muy a gusto y serena, allí, con él. Se sentía alegre y con ganas de seguir conversando. El sol era cálido y creaba un ambiente de bienestar.

-Sabéis cocinar muy bien -la alabó.

-La madre de Iona me enseñó, aunque siempre me decía *lady Elea no tenéis que estar en las cocinas*, pero yo soy muy testaruda, me encantaba llenarme de harina las manos y preparar postres con ellas.

-Me gustaría saberlo todo de vos -comentó el guerrero comiendo un par de uvas blancas sin dejar de prestar atención a todo lo que Elea le explicaba - ¿Cómo fue vuestra infancia?

-Bueno, de pequeña era muy traviesa, como ya sabréis mi madre falleció a los pocos días de darme a luz. Mi padre me consentía mucho, era un hombre muy afable y tierno, no un gruñón como mi hermano -rió-. Le veía a lo alto de los caballos, cabalgando y en el patio de armas entrenando y yo también quería hacerlo. Él me decía *Elea querida, tú eres una dama, las mujeres no deben aprender a luchar*. Pero yo siempre me salía con la mía así que, no tuvo más remedio que enseñarme a defenderme y por eso siempre llevo esto -dijo sacando la daga que tenía en el muslo-. Me la regaló en mi octavo cumpleaños y desde entonces aquí la llevo escondida. A cabalgar sin embargo, aprendí

sola como ya os comenté. Siempre he sentido algo especial hacia los caballos, es como si mirándolos a los ojos los entendiera.

-Sabéis algo, recuerdo a vuestro padre con cariño -agregó-. Era un hombre muy justo, se llevaba muy bien con el mío. Recuerdo que era un gran cazador y aprendí mucho cuando ellos me llevaban de caza, sobre todo a rastrear. Muchos de los guerreros de ambos clanes nos juntábamos cuando nos visitaba e íbamos a por jabalíes y ciervos. Tu hermano también nos acompañaba yo le hacía encerronas y me metía con él -rió-. Siempre hemos sido buenos amigos.

-¿Seguís teniendo afición por la caza?

-Ahora menos, desde que padre está enfermo ya no es lo mismo. Le duelen mucho los huesos y está perdiendo movilidad. Me entra mucha tristeza cuando le recuerdo de joven y le miro ahora. Mi madre se desvive por intentar que no sufra, haciéndole masajes en las piernas y friegas con hierbas, aún así, cada vez está peor.

-A las personas nos cuesta aceptar el paso del tiempo.

-Sí... -suspiró-. Sin embargo, ahora salimos mis hermanos y yo de pesca muy a menudo. Hasta hacemos apuestas a ver quién consigue pescar el pez más grande.

Elea rió ante ese comentario.

-¿De verdad no me recordáis cuando nos reuníamos ambos clanes? -preguntó Daniel interesado.

-No, no logro recordaros, soy menor que vos -añadió-. En pocos meses cumpliré veinticuatro años.

-Yo en cambio cumplí veintisiete hace dos semanas, tampoco nos llevamos tantos años de diferencia como para que no me recordéis.

-¿Tanto os molesta que no os recuerde, milord? -enarcó una ceja divertida.

-Em... bueno -tragó saliva-. Yo recuerdo a una niña muy dulce con vuestros mismos ojos -fijó la mirada en ella-. Pero hay algo en ellos que me denotan tristeza.

Elea se quedó sorprendida. Era imposible que supiera que ella guardaba amargura en su interior.

-No sé porque intuís eso -murmuró inquieta.

-¿Algún mal de amor quizá? -indagó.

-No, jamás me he fijado en un hombre -alegó-. Son todos unos caraduras y unos insolentes.

-¿Entonces, quién os lastimó para hablar así de ellos?

-Nadie -espetó levantándose-. ¿Y vos como sabéis que he sido herida? -se cruzó de brazos enfadada.

-No pretendía disgustaros -se levantó Daniel turbado.

-¡Ah, ya sé! -Exclamó-. Ayer escuchasteis lo que hablábamos Iona y yo ¿verdad? -se calzó y recogió el mantel con las sobras de la comida para meterlo en la cesta y marcharse de allí.

-Por favor milady... -voceó viéndola marchar.

La muchacha estaba enfadada, no quería hablar más con ese hombre que se había atrevido a escuchar cosas íntimas de ella ¿porqué cuando empezaba a abrirse a él tenía que salirle mal las cosas? Sentía que Daniel se quería mofar de ella, demasiada desconfianza llevaba a cargas en su corazón.

-Lady Elea... -la paró cuando ésta quiso montar en *Hera*.

-¡Soltadme! -Le apartó de un mal gesto-. No os voy a permitir que os burléis

de mi -alzó la voz intentando aguantar el nudo que tenía en la garganta.

-No me he burlado de vos y si así lo habéis sentido os pido disculpas -añadió pausado-. Sé que estuvo mal que os escuchara, no fue mi intención.

-No es de tener educación oír conversaciones ajenas.

-Lo sé, se me encogió el corazón al oír que os habían lastimado.

-Eso, no es vuestro problema -se alzó a lomos de *Hera*-. ¡¡No sois nadie para entrometeros en mis asuntos!! -gritó-. ¡Nadie!

-Seré vuestro esposo en unos días -dijo con voz autoritaria-, vuestros asuntos me incumbirán a mí también.

Elea se puso furiosa al oír esas palabras tan arbitrarias que le recordaban a las de su hermano y soltó varias palabrotas impropias de una dama.

-Si fueras ya mi esposa te hubiera azotado en el trasero por ese vocabulario tan soez-alzó la voz serio.

-¡¡Te detesto!! -se ofendió y con los ojos vidriosos partió hacia el castillo.

Capítulo 12

Daniel tenía conocidas las tierras de los MacKinnon pero no lo suficiente, por lo que tardó más de lo normal en llegar al castillo desde el punto en que le dejó Elea. Estaba arrepentido de las duras palabras que le había dirigido a la joven, mas debía demostrar autoridad y ser respetado. Era obvio por como se había puesto esa tarde que alguien en algún momento de su vida la lastimó dejando una herida que aún estaba abierta, se culpabilizó por haber echado a

perder aquella bonita tarde junto a ella.

Al atardecer llegó a la fortaleza y, sin ganas de hablar con nadie se encerró en su alcoba hasta que lo avisaran para cenar. Ordenó a una de las sirvientas que le subieran una bañera con agua caliente, estaba sofocado y quería relajarse.

Elea en cambio, no había vuelto a su hogar. Se quedó debajo del castillo donde se escondía una diminuta cala secreta en el interior que solamente ella y su amiga Iona conocían. Los rayos del sol entraban débiles por las pequeñas aperturas de la cueva, se pasó la tarde decaída y melancólica observando el mar. Sentada en la granulada arena, le daba vueltas y vueltas a lo mismo; su matrimonio. Angustiada repetía en su mente el momento en que Darren le afirmaba que debía casarse con aquél extraño, seguidamente su cabeza recordaba las imágenes del episodio que tuvo que vivir años atrás y lloraba con resentimiento.

Elea apenas era una mujercita cuando conoció al que creía ser el hombre de su vida; Robert MacLeod. Coincidieron durante una reunión de clanes en la isla de Skye, hijo mayor del Laird MacLeod heredaría el mando cuando éste falleciese. La muchacha se enamoró perdidamente desde que le vio, sus ojos pardos la enloquecieron de amor. Ellos tenían una relación a escondidas puesto que ambos clanes eran enemigos ya desde que sus antepasados vivían. Robert le juraba amor eterno, le prometía que hablaría con su padre para poner paz por fin entre ellos y poder desposarse, pero ese día nunca llegó. Ella le amaba tanto que creía ilusa en sus falsas palabras de amor, hasta entregarse en cuerpo y alma a él. Desafortunadamente, una mañana mientras paseaba con *Hera* por tierras de los MacLeod, Elea presenció algo que jamás se le olvidaría. Vio a Robert haciendo el amor con una meretriz escondidos detrás de unos arbustos, se sintió traicionada y sucia por haber confiado ciegamente en ese hombre. Juró por lo más sagrado que jamás volvería a amar a nadie y le impuso a éste que nunca más la buscara. Así lo hizo pues ya son cinco años sin saber de él. Iona estaba enterada de todo, a ella no podía ocultarle nada, la conocía muy bien y fue su paño de lágrimas. Con el tiempo, Elea le contó la verdad a Darren, omitiendo la pérdida de su virginidad. Si se

llegara a enterar de eso, su hermano no se lo perdonaría. Él se disgustó mucho con ella mas acabó perdonándola porque era su hermana y lo que le hizo ese sinvergüenza agravó más el odio hacia los MacLeod.

Si fueras ya mi esposa te hubiera azotado en el trasero. Revivía las palabras del guerrero. ¿Sería capaz de ponerme una mano encima? Definitivamente, no le gustó el tono de voz de Daniel en pocos días seré vuestro esposo...

-En pocos días... -susurró limpiándose las lágrimas de sus mejillas.

Capítulo 13

La cena ya estaba lista en el salón, esa noche había varios pollos asados con grandes fuentes de hortalizas. Los hombres bebían vino mientras degustaban con ganas el manjar.

-¿Cómo ha ido el paseo, hermano? -Preguntó Niamh, que se había sentado enfrente de Daniel.

-Mejor no preguntes... -respondió con desgana.

-Ya he visto que os han ofrecido muchos presentes los aldeanos -comentó Darren.

-Sí, vuestras gentes son muy hospitalarias y generosas.

-Me es extraño que Elea no haya bajado aún a cenar -agregó Morgana.

-Seguirá disgustada... -murmuró Daniel.

-Disculpad mi atrevimiento mi señor -interrumpió Iona dirigiéndose a Darren-.
Vuestra hermana no se encuentra en sus aposentos, de hecho la he buscado por
todo el castillo y no la he visto.

-¿Cómo decís? -se levantó Daniel preocupado.

-Sí, pensé que estaba con vos pero al veros aquí, cenando... -titubeó nerviosa.

-¿No regresaste junto a Elea esta tarde?! -se dirigió Darren al guerrero.

-No, ella marchó antes.

-¿Por qué hiciste eso?! ¡Es peligroso! -alzó la voz.

-Nos disgustamos y ella se marchó sin que yo pudiera detenerla -explicó.

-¿Dónde estará esa mujer? -se preguntó Darren entre dientes-. ¿Y si la tienen
los MacLeod?

-No cielo, no te angusties -le calmó Morgana-. Ella sabe cuidar de sí misma.

-No me fio nada de esos bandidos.

-¿Tenéis enemistad con el clan MacLeod? -Preguntó Gared.

-Sí... es una larga historia -dijo-, otro día os la contaré, ahora hay que ir a
buscarla puede estar corriendo peligro.

-Iré yo solo -apuntó Daniel-, vosotros continuad con la cena.

-De eso nada, si salimos todos la encontraremos antes.

-He dicho que no -dijo tajante-. Lo siento amigo pero ha sido una imprudencia
por mi parte así que lo resolveré yo solo.

-Si en media hora no la traes de regreso saldremos en su búsqueda -advirtió.

-De acuerdo.

Daniel le dio un largo trago a su copa y se dirigió a las caballerizas a por
Sultán. El lugar estaba oscuro, apenas se veía a los caballos que parecían
gigantes en las sombras. Sus respiraciones estaban calmadas, de pronto, el

guerrero se topó con algo o mejor dicho con alguien cayéndose de bruces al suelo.

-¡Quitaos de encima en este mismo instante! -se revolvió la joven.

-¿Elea? -preguntó el guerrero al reconocer su voz-. ¿Eres tú?

Los dos se incorporaron y se pusieron en pie quitándose los restos de heno del pelo y de sus ropas.

-¡Para vos soy lady Elea, no seáis indecoroso! -Gritó-. ¡Atrevido!

-Perdón -se aclaró la voz-. ¿Qué hacéis aquí lady Elea?

-¿A vos que os importa lo que haga o deje de hacer? -preguntó en tono de burla.

-¡A mí no me importa! -bramó dejando a la joven sin habla-. Iona nos dijo que no os encontraba y Darren estaba muy preocupado por vos -aclaró-. Iba a salir a buscaros, pensé que habíais regresado al castillo cuando...

-Mmf... -dijo ésta ante la explicación.

-¡Ah al demonio, me marchó! -Gritó perdiendo la paciencia-. Es absurdo hablar con vos, os comportáis como una niña malcriada y caprichosa -salió de las caballerizas-. ¡Dios Santo! -miró al cielo dramático-. ¡Porqué me habéis mandado un suplicio como éste con todas las mujeres que hay en Escocia!

-¿Así? -se puso las manos en la cintura, una vez fuera del lugar-. ¡Vos sois un déspota y un deslenguado! -Chilló-. ¡Yo sí que tengo un verdadero martirio que soportar a vuestro lado!

Los dos se acercaron. Entre ellos había pocos centímetros de distancia, podían sentirse mutuamente las bocanadas de aire que inhalaban y exhalaban de

manera seguida y agitada.

-¡Escuchadme atentamente! -la rodeó de la cintura con sus fuertes brazos acercándola a su cuerpo-. Más os vale que seáis obediente y no pronunciéis esas palabras tan groseras delante de mis guerreros.

-¿O sino qué? -se mofó-. ¿Perderíais vuestra hombría? -ironizó.

Daniel pudo sentir su aliento tan cerca, sus pechos rozaban su torso haciéndole crecer su masculinidad. Esa mujer le enloquecía. Era toda una perdición para él, su cuerpo una tentación divina.

-Si no... -susurró muy despacio acercando sus labios a los de Elea, los cuales deseaba poseer-. Lo pagaréis caro -apretó las caderas de la joven junto a su dura entrepierna haciendo que a ella se le colorearan las mejillas.

-Oh... -gimió avergonzada tapándose la boca, deshaciéndose de entre sus brazos para entrar corriendo al castillo.

-¡Hermana! -Alzó la voz con alegría Darren-. ¿Dónde te habías metido?

-Yo...estaba... -balbuceó acalorada por la escena vivida apenas minutos atrás.

-Estaba con *Hera*, se demoró más de la cuenta -finalizó Daniel por ella sentándose en la mesa junto a los demás.

-Siéntate querida -dijo Morgana-, aún está caliente el pollo, cena un poco.

La joven asintió.

Elea apenas apartaba la vista del plato, no podía mirar a Daniel a los ojos estaba abochornada y con el pulso acelerado. No tenía demasiado apetito pero hizo un esfuerzo en comer algo. Una de sus manos reposaba al lado de la vajilla cuando el guerrero la rozó suavemente con sus dedos. Elea dio un respingo y le miró, él pudo percibir el rubor en sus pómulos y le excitó ponerla así de nerviosa. Al finalizar la cena, se despidió cordialmente y se dirigió a su recámara. Mientras subía por las escaleras remangándose sus faldas para no tropezar, sentía que alguien tenía la mirada clavada en su nuca, en el último escalón se giró aún conmocionada y miró a Daniel que la contemplaba seductor.

Caminó por los largos pasillos hasta su alcoba, rodeada por las antorchas de fuego abriéndose paso entre alguna que otra sirvienta. Descansó aferrada al portón de madera de su recámara sin entender nada de lo ocurrido ese día, en el momento que, unas manos reposaron junto a las suyas apoyándolas en la tabla.

-Qué tengáis dulces sueños, milady -susurró Daniel a su oído.

Capítulo 14

Los días siguientes Elea evitó al *highlander*. No quería encontrarse con él, ni hablarle. No entendía ese nuevo sentimiento que había despertado en ella, si le miraba a los ojos se moría de deseo. Intentaba odiarlo, diciéndose a sí misma lo gañán que era pero en el fondo sabía que estaba equivocada. Se encontraba confundida pensando en la noche de bodas ¿Cómo se sentiría? debía callar y

rezar para que él no descubriera que no era pura. Daniel, ya no sabía que pensar de la muchacha con su actitud, estaba convencido que le detestaba, en los almuerzos y las cenas apenas le miraba a la cara. Si él le hablaba ella contestaba con monosílabos y con desgana. Estaba desconcertado, en tres días se casaba con la joven y las cosas entre ellos iban de mal en peor.

El día antes de su enlace Elea amaneció con las ideas algo más ordenadas, sabía todo lo que tenía que hacer respecto al papel que iba a tomar junto a Daniel como señora del clan Sutherland. Lo tenía muy claro, sin embargo, estaba apenada. De pequeña soñaba con casarse con el amor de su vida y nada de eso iba a pasar. Por la mañana después de desayunar, al estar tan inquieta por su inminente enlace decidió desahogarse e ir a cabalgar con *Hera*. Ése sería el último paseo por sus tierras. Pasó por el patio de armas y vio a Daniel que entrenaba con la pesada espada de hierro junto a su hermano Niamh. Se quedó observándole detrás de la pared de piedra con intención de no ser descubierta.

-Estás en plena forma esta mañana eh -sentenció Gared que descansaba en unas escaleras esperando su turno-. Te noto animado.

-Siempre lo estoy -añadió esquivando a su hermano.

-Está pletórico porque mañana se casa -rió-. Seguro que está pensando en su noche de bodas, ¿me equivoco hermano?

-Te la estás jugando Niamh -advirtió señalándolo con el dedo.

-Oh vamos, tu mujercita es muy hermosa -continuó en tono pícaro-. Seguro que te has desfogado pensando en ella.

-¡¡Respétala!! -le atacó con su espada.

Elea, se paralizó al ver el fuerte torso desnudo de aquel hombre al que llamaría esposo. Su cuerpo era tal y como se lo había imaginado, el sudor caía

por sus anchos pectorales. *Es muy bueno con la espada.* Suspiró. Brazos y piernas estaban perfectamente musculadas y duras como el hierro que sostenía. Gritaba con rudeza y jadeaba por la intensa lucha, parecía que combatía de verdad. Sintió de nuevo esa excitación que nunca antes había experimentado con otro hombre en la zona baja de su vientre y sin apenas percatarse su pulso aumentó y con él su respiración. De pronto, el guerrero la descubrió allí, la joven se escondió de espaldas al muro manteniendo el aire mas decidió salir. Elea quería morir de vergüenza cuando le miró a los ojos y Daniel al ver que ella estaba ruborizada, creció aún más la ansía por tenerla entre sus brazos y hacerla su mujer. Él le hizo una corta reverencia con la cabeza mientras torcía su sonrisa, la joven no pudo evitar sonreír modesta. *¿Qué me está pasando, porque siento estas cosas al verle?* La siguió con la mirada fijamente, vio que iba a las caballerizas apurada. Elea saludó a la preciosa *Hera*, le rascó el morro con cariño y las dos posaron sus cabezas una enfrente de la otra mientras le decía sonriente;

-¿Vamos a dar un paseo, bonita?

El animal relinchó y un mozo comentó:

-Ya la hemos cepillado y ensillado debidamente, milady.

En ese momento tuvo una idea, le apetecía lucirse delante del guerrero.

-Oh, disculpadme, hoy me apetece montar sin silla.

-¿Sin silla? -repitió sorprendido-. De acuerdo como vos lo deseéis -Hizo una corta reverencia y la desensilló con la ayuda de otro hombre.

-¿Qué está haciendo esa mujer, va a montar sin silla? -Preguntó desconcertado Niamh a su hermano.

-Shh -le calló-. Aguarda.

-Milady -le ofreció la mano.

-Puedo sola, gracias.

De un salto montó a lomos de *Hera*, agarró firme de su crin y haciendo un sonido con su boca, la yegua, que sabía lo que significaba relinchó poniéndose sobre las dos patas traseras y alzando las delanteras dejando a Daniel y a todos sus guerreros atónitos, ella le miró y con una media sonrisa abandonó galopando el castillo.

-¿Cómo ha hecho eso? -Preguntó Niamh impresionado.

-Es maravillosa... -respondió Daniel fascinado.

-¿La yegua? -dijo Gared.

-Sí... también -sonrió-. ¿Continuamos?

Capítulo 15

La joven galopó hasta llegar a un prado situado debajo de una pequeña colina. Recogió varias flores que se encontraba por el camino, le servirían como ramo de novia al día siguiente. De colores violetas y blancos, le parecieron muy hermosas. Estaba adormilada sentada a la sombra de unos delgados arboles, relajada por la suave brisa que le llegaba y por los rayos cálidos del sol cuando abrió un ojo y se percató que *Hera* estaba inquieta. Paró atención por si alguien rondaba por allá pero no vio a nadie. Volvió a la calma cuando un hombre la asió con fuerza de un brazo.

-¡¿Así que te vas a casar, eh?! -Exclamó.

Ella se asustó al no esperarse aquella acción, mas al ver los ojos pardos que la observaban fijamente el coraje se apoderó de Elea.

-¡Suéltame maldito! -Gritó poniéndose de pie-. ¿Qué te importa a ti lo que haga con mi vida?

-Estás tan hermosa como la primera vez que te vi -la miró con lujuria.

-Te advertí que nunca más te acercaras a mi -dijo dando un paso hacia atrás.

-Mi Elea... tú no puedes casarte nunca.

-¿Ah no?

-No, querida -la agarró con fuerza de la cintura atrayéndola hacia él.

-Tú eres mía, Elea, tú me perteneces... -le susurró al oído.

Seguidamente, la besó a la fuerza siguiendo el curso de su cuello con intención de llegar hasta el escote de la muchacha, quien, con repugnancia intentaba apartar a ese miserable de ella.

-¡Suéltame! -Coceó asustada-. ¡Me das asco!

-¡Cállate!

Él le tapó la boca y la tiró al suelo poniéndose encima de suyo sin dejar de manosearle las caderas.

-¡Para por favor! -lloró presa de la desesperación.

-¡Apártate de ella! -Alzó una voz a espaldas de Robert.

Su salvador, agarró la cabellera oscura a MacLeod y posó su espada en la yugular.

-¡Te mataré malnacido! -masculló con furia.

-¡No Daniel! -Dijo Elea-. No merece la pena que ensuciéis vuestras manos con este... -Lo miró de arriba abajo con desprecio-. ¡Con esta sucia rata!

Daniel se lo pensó por varios segundos y le soltó empujándole con rabia. Ayudó a Elea a levantarse.

-¿Estáis bien? -preguntó con preocupación.

-Ahora sí.

-¡Si te vuelves a acercar a ella, no vivirás! -alzó la espada desafiándole con la mirada.

-Me imagino que este es tu futuro marido... -rió MacLeod y mirando a Daniel prosiguió-. ¿Ya sabéis con quién os vais a casar?

-¡Cierra la boca, Robert! -alegó la joven.

-¿Os conocéis? -preguntó extrañado mirando a Elea.

-Claro que nos conocemos y muy bien -hizo una sonrisa torcida-. ¿Vamos Elea, no le has contado cómo disfrutabas en mi lecho?

La muchacha sintió tanto odio y humillación ante ese comentario que salió corriendo de allí.

-¡Lárgate! -dijo el guerrero a Robert-. ¡Quedas avisado!

Cogió las riendas de *Hera* y acercándola hacia su caballo, montó en *Sultán* para seguir a la muchacha.

Elea se sentó devastada en un tronco caído, sin parar de llorar llena de impotencia. Si no fuera porque Daniel había llegado a tiempo ese hombre al que un día amó hubiera abusado de ella. Le detestaba, ¿cómo había podido decir eso delante de su futuro esposo? *¿Qué pensará de mí? Seguro que suspenderá la boda y se lo contará a Darren, descubrirá la verdad... Se martirizaba. ¿Qué será de mí ahora?*

-Mujer, pensaba que no os iba a encontrar nunca -se sentó a su lado agitado.

Elea no podía ni mirarle a los ojos, estaba muy avergonzada.

-Por favor, dejadme a solas -le pidió con un hilo de voz.

-Cuando uno se siente mal es mejor hablar -comentó-. Eso dice siempre mi madre.

-Estoy abochornada con vos -se giró de espaldas a él.

-¿Ése hombre fue quien os lastimó en el pasado, verdad?

-¡Sí! -sollozó-. ¡Me cambió por una prostituta!

-Tss, menudo imbécil.

-Tenemos enemistad con el clan MacLeod desde nuestros antepasados, al

parecer nuestras tierras son más fértiles y prósperas y ellos ansían dominarlas algún día.

-No estábamos enterados milady.

-Siempre me decía que hablaría con mi padre para pedir mi mano pero nunca lo hizo -dijo dolida-, estaba enamorada, él era un gran adulator y yo demasiado inocente -explicó-. Me dejé llevar por lo que sentía y cometí un error que no puedo enmendar.

-¿Vuestro hermano sabe...?

-Sólo le confesé que manteníamos una relación a escondidas. No le dije que habíamos yacido.

-Todos hemos cometido locuras por amor -suspiró negando con la cabeza.

-¿Cómo decís? -le miró extrañada limpiándose las lágrimas de sus mejillas.

-Sí, yo también me enamoré perdidamente de una mujer -añadió-. Estuve muy ciego por ella, cada día discutía con mis hermanos por su culpa, descubrí que sólo buscaba el título de señora y aprovecharse de las riquezas de nuestras tierras tal y como ellos me advertían -explicó sereno-, así que, no os preocupéis nadie sabrá vuestro secreto, mis labios están sellados.

-P... Pero nos vamos a casar... -balbuceó- ¿No os incomoda que no sea virgen? -Preguntó estupefacta.

-¿Os incomoda que yo tampoco lo sea?

-Pero...

-Milady, no importa quien fue nuestro primer amor, lo importante es quién es el último y yo os aseguro que nadie volverá a haceros ningún daño -añadió con cariño acariciándole sus húmedas mejillas-. Si hiciera falta daría mi vida por vos.

La joven nunca se imaginó una reacción así. Pensó que era muy afortunada de que alguien como Daniel hubiera aparecido en su vida y se convirtiera pronto

en su esposo. La fiereza con la que le defendió la había fascinado y se dejó abrazar por ese gran hombre. Emocionada ante tales palabras notaba su protección y calidez. Al estar entre los brazos de ese *highlander* se sintió cautivada, querida y cuidada por aquella alma tan noble.

Capítulo 16

Llegaron juntos al castillo. Esta vez sentada delante de Daniel en su caballo. Conversaban risueños, sentían que ese incidente les había acercado más a ambos.

-Os agradezco que me ayudarais ante MacLeod -le agradeció bajando de *Sultán*-. Si no llegáis a estar allí ese infeliz...

-Tranquila, eso ya queda atrás no os angustiéis.

-No de verdad, os estoy muy agradecida porque no me habéis juzgado -se acercó a él.

-¿Cómo voy a juzgaros? -preguntó-. Yo sólo quiero que me tengáis confianza y me aceptéis.

Los dos se quedaron mirándose a los ojos y a los labios simultáneamente con ganas de besarse.

-Debo acabar de revisar los últimos detalles del vestido y las flores -dijo apresurada-. ¡Las flores de mi ramo!

-¿Hay algún problema?

-Sí -dijo apenada-. Recogí esta mañana flores blancas y violetas que me

encontré a los pies de la colina ¡las olvidé por culpa de ese hombre!

-No os preocupéis por eso, podéis utilizar otras en su lugar -sugirió.

-Sí... aunque ésas eran muy hermosas -se resignó.

-¿Nos vemos más tarde? -añadió Daniel con simpatía.

-Sí.

El guerrero besó su mano, se disponía a marchar cuando Elea preguntó curiosa:

-Milord, contestadme a una cosa ¿Por qué me seguisteis hasta la colina?

-Bueno, me apetecía tomar el aire.

-Oh, claro -se desilusionó.

-Además de veros -reconoció con una amplia sonrisa-. Me impresionó cómo montasteis a vuestra yegua sin silla, bueno a mí y a todos mis guerreros.

Los dos rieron juntos.

Ésa noche, Elea estaba animada pero a la vez pensativa observando las estrellas y la luna llena desde su ventana. Aquella sería la última vez que pasaría en su habitación soltera.

-¿Elea, puedo pasar? -Preguntaron detrás de la puerta.

Era Darren que, durante la cena había notado a su hermana más amable con Daniel y eso le sorprendió gratamente, quería charlar como hermano mayor con ella.

-Sí, adelante -estableció.

-Mirando la luna ¿eh?, como cuando eras pequeña -sonrió al lado suyo.

-Sí, ¿crees que algún día alguien pueda ir hasta allá? -se giró para mirarle a los ojos.

-¿Ir a la luna? -rió-. ¡Qué bobadas dices!

-Todo es posible si podemos imaginarlo.

-Estás muy melancólica, ven siéntate, he venido para que hablemos -dijo tomándola del brazo para sentarla en su cama.

-Sé que estos días hemos estado más distantes.

-No ha sido fácil asimilar algo así.

-Por cierto, Daniel me comentó que te sentirías mejor si Iona partiera con vosotros a Dunrobin.

-Así es.

-Tienes mi autorización para que siga siendo tu doncella -estableció.

-Muchas gracias... -dijo emocionada abrazándole.

-Quiero que sepas que siempre me vas a tener para lo que necesites -prosiguió cogiéndole de las mejillas-, eres mi hermanita, aunque sea un cascarrabias quiero lo mejor para ti, un día te darás cuenta.

-Te quiero Darren -susurró con la voz entrecortada-, pero tengo miedo de que

nada de esto salga bien.

-Ten fe y valor recuerda nuestro lema -expuso serio.

-*Audentes fortuna juvat* -dijeron a la vez.

-Elea ya estoy lista ¿nos vamos? -picó Iona a la puerta- ¿Elea?

-Voy -alzó la voz levantándose de la cama.

-¿A dónde vais a estas horas? -preguntó curioso Darren.

-No te preocupes, no saldremos de la fortaleza.

-Id con cuidado.

Capítulo 17

-Estás loca si piensas que me voy a desnudar -dijo Elea riéndose por el par de copas de whisky que se había tomado.

-Oh vamos, el agua está tibia de todo el día dándole el sol -añadió Iona.

-Está bien... -puso los ojos en blanco-, si mañana estoy enferma y no puedo casarme tendrás tú la culpa.

Iona había preparado una sorpresa de despedida para Elea, estaban en la pequeña cala secreta que ellas dos conocían. Dos antorchas de fuego yacían clavadas como estacas entre la arena rocosa iluminando aquél precioso lugar. Las dos se desvistieron y se zambulleron en el agua.

-¡Vaayaa, sí que está fabulosa! -Exclamó nadando hasta unas rocas a unos tres o cuatro metros de la orilla.

-Te lo he dicho.

Iona la siguió y se sentaron allá una al lado de la otra.

-¡Se me ha olvidado decirte algo muy importante! -dijo Elea.

-¿El qué?

-Daniel y mi hermano me han dado su aprobación para que nos acompañes a Dunrobin -anunció feliz.

-¡AAHH! -Exclamó de alegría-. ¿De verdad?

Elea asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Vendrías con nosotros?

-Claro que quiero ir con vosotros, estaba muy apenada estos días porque me iba a quedar sola y aburrida en el castillo sin ti -respondió-. Y también... - añadió con un tono desanimado-, estaré cerca de Gared aunque nunca se fije en mi.

-¿No te toma en serio?

-No sé qué pensar -dijo apenada. Hay veces en las que creo que siente lo mismo que yo pero luego le descubro coqueteando con otras muchachas y me siento fatal.

-Entonces, si no te da un lugar no te merece.

-Yo solo soy tu doncella, él es hermano de un futuro laird de un clan.

-No tiene nada que ver, tú eres mucho más que mi doncella Iona.

-Bueno, hoy no quiero estar triste -dijo más animada-. Es una gran noticia que Daniel me acepte también, es un hombre muy generoso.

En ese momento, Elea le contó todo lo que había sucedido durante su paseo con *Hera*, le habló del mal trago que pasó con Robert y con qué salvajismo la defendió Daniel. Le confesó que el guerrero sabía el secreto sobre su pureza y todos los sentimientos que había presenciado junto a él, Iona se alegró mucho por ella.

-Menudo caradura MacLeod –dijo Iona resentida-. No tendrás que verle la cara nunca más cuando partamos hacia Dunrobin.

-Suerte que Daniel es todo un caballero –suspiró-. Aún me cuesta creer su aceptación.

De pronto, las dos jóvenes oyeron voces que venían de la misma cala donde tenían sus ropas ¿Quién había descubierto su escondite?

-Esos no son... -miró a lo lejos Elea con los ojos entrecerrados-. ¡Al agua! ¡Al agua! -Se apresuró a decir, empujando a su amiga y escondiendo sus lozanos cuerpos en la oscuridad del mar.

Intentaron esconderse tras aquellas rocas sin saber cuánto tiempo aguantarían allí, ya empezaban a notar el frío, sobretodo, la ligera brisa que hacía.

-¿Qué hacen estos tres aquí? -Preguntó por lo bajo Elea.

-¿Y estas ropas? -dijo Gared extrañado.

-Uh, son vestidos de mujer -sonrió pícaro Niamh-. Quizá sean sirenas y estén nadando en el mar.

-¡Madre del amor hermoso! -se quedó Iona alucinada con lo que vió-. Están

desnudos...

Elea se tapó la cara escandalizada al ver el férreo trasero de Daniel.

-Esto está muy mal, como nos descubran... -cuchicheó avergonzada.

-¡AAHH! -Gritó Iona-. ¡Me ha rozado algo las piernas!

-¡Pero cállate! -murmuró entre dientes.

-¿Habéis oído esas voces? -preguntó Gared mirando a su alrededor.

-¡AAHH! ¡Otra vez! -chilló subiéndose a la roca.

-¡Pero que te van a ver, Iona! -susurró Elea.

-Allá hay una mujer -señaló Niamh.

-Prefiero que me vean desnuda a ser mordida por vete a saber qué bicho -se posó en la fría piedra de espaldas.

-¡¡AAAHHH!! -voceó esta vez Elea al sentir el fastidioso pez que atormentaba a su amiga por sus pantorrillas-. ¡Es enorme, maldito pez!

-Te equivocas son dos y por el color cobrizo de una ya sé quién es la otra -sonrió Daniel.

-Ni se te ocurra girarte o acabaremos de perder la poca dignidad que nos queda -murmuró Elea.

-Yo sólo pienso en que estoy helada -tiritó.

-Milady os vais a resfriar -alzó la voz Daniel irónico-. Os habéis dejado vuestras ropas aquí.

Elea tapándose sus pechos ladeó la cabeza para decirle;

-¡¡Já, que gracioso!!

Al ver los largos cabellos mojados de Elea sobre su húmeda espalda, Daniel tuvo que ocupar su mente en otra cosa para no desatar su fogosidad.

-Podéis estar tranquilas, no os miraremos -gritó Gared.

Los hombres se pusieron de nuevo el kilt dejando sus torsos desnudos y giraron de espaldas.

-Ya os podéis acercar -dijo Niamh.

Elea e Iona, se cercioraron que no miraban para nadar hasta la orilla.

-Iona, dame el paño para secarnos.

-¿Paño? No he traído nada.

-¿Me animas a meterme en el agua y no traes paños? -Preguntó-. Genial, me tengo que poner las ropas mojada.

-Podéis secaros con mi camisa -ofreció Daniel-. Está al lado de la antorcha de la derecha

La joven le hizo caso y al deslizar la prenda por su cuello se dejó embriagar con el aroma que desprendía.

-Ya podéis giraros -dijo ésta una vez vestidas las dos.

-¿Qué hacéis aquí? -Preguntó Iona-. ¿Cómo habéis descubierto este lugar?

-Lo descubrí yo -respondió Gared-, soy muy curioso y seguí el camino hasta parar aquí.

-Bueno, ya nos vamos -añadió Elea-, buenas noches.

-¿Porqué milady? -dijo Gared.

-Tendríamos que irnos nosotros porque hemos llegado los últimos -estableció Daniel.

-No, mejor nos vamos nosotras ya es tarde -insistió modesta.

-¿Porqué no nos quedamos todos un rato? -Propuso Niamh.

-Sí, mañana os desposáis podríamos celebrarlo todos juntos -añadió Gared.

-Em...bueno -dudó-. Si a vuestro hermano no le incomoda...

-En absoluto, es una buena idea.

Los cinco alrededor de las antorchas conversaron como si se conocieran desde siempre. Rieron e intercambiaron opiniones, ambos grupos contaron leyendas de sus tierras. Una especie de tela mágica envolvía ese lugar, Elea estaba muy a gusto con Daniel, sus hermanos eran muy agradables y simpáticos con ella, en ese momento no estaba nerviosa ni preocupada simplemente disfrutaba de los últimos instantes que le quedaban en sus tierras y quería exprimirlos a fondo.

-¿No es hermosa la luna llena? -Preguntó al guerrero.

-Sí, lo es -respondió éste observándola en el cielo estrellado-. ¿Creéis que alguna vez alguien pueda ir hasta allá?

**Audentes fortuna juvat : A los osados les sonríe la fortuna.*

Capítulo 18

Elea estaba aún en la cama adormilada cuando comenzaron a entrar a su habitación varias mujeres con cubos de agua y una bañera, acompañadas por su leal amiga Iona.

-¡¡Elea hoy es el gran día!! -anunció alegre descorriendo las cortinas.

Ella se desperezó y se frotó los ojos.

-Estoy cansada, nos fuimos a dormir muy tarde -bostezó tapándose la boca.

-Y lo bien que nos lo pasamos -dijo risueña.

-La verdad es que sí.

-Bien, debemos apurarnos -estableció-. Hay mucho por hacer.

Elea se deshizo del camisón y se metió dentro de aquel cubo de agua tibia con intención de asearse. Una vez finalizada dicha acción, desayunó mientras las muchachas e Iona desenredaban los enmarañados cabellos de la joven para dejarlos ondulados y de aspecto sedoso. Le adornaron la frente con una preciosa diadema de flores blancas, la ayudaron a vestirse con un bonito y fino vestido de seda de color crudo. En el escote cuadrado, le habían bordado unas cenefas originales en tono rosa y dorado, el mismo dibujo que en su cintura.

Las mangas acampanadas, en cambio, eran de una tela de gasa translúcida.

-¡Eres la novia más hermosa que he visto nunca! -Se emocionó Iona al ver su trabajo finalizado.

-Oh Iona... -dijo Elea también conmovida-. ¿Crees que seré feliz?

-No me cabe la menor duda.

-Milady -interrumpió una joven-. Han dejado este ramo para vos.

-¿Un ramo?

-Sí tomad -se lo entregó-. Había esta nota junto a él.

Elea se percató que las flores eran las mismas que había recogido ayer bajo la colina *¿No habrá sido capaz...?* Pensó ilusionada abriendo dicha nota.

-¿Qué es lo que dice? -Preguntó curiosa Iona.

-*Estoy convencido que estarás tan hermosa como estas flores cuando llegues al altar* -leyó en voz alta encandilada.

-¡Oh qué romántico milady! -suspiraron las muchachas más jóvenes.

-Qué detalle tan bonito -dijo mirando las flores.

-Ya es hora de marchar -anunció Iona con cariño-, se nos hace tarde.

Daniel estaba ya listo y nervioso en la capilla que estaba a quince minutos a caballo de la fortaleza. Ese día, se había levantado inquieto pero emocionado. La noche anterior se divirtieron como nunca y se sintió pletórico junto a Elea,

sintió deseos de complacer a la que en pocos minutos se convertiría en su mujer y decidió ir hasta la llanura donde se encontraban esas bonitas flores que a ella le habían agradado tanto. Allá, esperaba a la novia junto a sus hermanos y sus guerreros. Mucha gente de la aldea, por no decir todos, había querido asomarse a presenciar la ceremonia, estaban expectantes por ver a lady Elea llegar.

-¡Ya está aquí la novia! -anunció una señora emocionada al ver el carro de madera con el emblema del clan MacKinnon.

Todo el mundo se maravilló de ver el fabuloso vestido que llevaba y lo radiante que lucía la muchacha.

Darren estaba en la entrada de la capilla esperando por ella para llevarla hacia el altar.

-Estás muy guapa, pequeña -comentó sonriente-. Si te vieran papá y mamá estarían muy felices por ti.

-Gracias Darren -sonrió-. Sé que están conmigo en el día de hoy.

Tomó del brazo a su hermano, respiró hondo y se dirigieron al interior.

Daniel sintió su corazón latir con energía al verla entrar por la puerta, *es un ángel caído del cielo*, fue lo primero que se le vino a la mente al mirarla a los ojos. *Cielo santo como puedes haber creado a un ser tan perfecto.*

Elea pensó en lo atractivo que estaba, no podía dejar de mirarle a los ojos se sentía hechizada. A su lado estaban sus hermanos, tan apuestos como él y Morgana e Iona se habían sentado en primera fila para no perder detalle de la ceremonia.

El guerrero junto al sacerdote, se había arreglado más de lo habitual peinando y recogiendo sus cabellos hacia atrás en una coleta, llevaba el tartán colocado sobre su hombro derecho y el broche de su clan relucía como nuevo en su pecho. *Sans peur* pudo leer. La falda verde y azulada con líneas rojas y blancas caía en sus imponentes piernas, ellos dos eran el centro de atención y los protagonistas en ese momento.

-Estáis hermosa -le salió del alma decir.

-Gracias -sonrió modesta-. No me esperaba las flores.

-¿Os han gustado? -Preguntó-. Las recogí en el rocío de la mañana.

-Claro que me han gustado -dijo-, ha sido un gesto precioso.

-Estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a Elea MacKinnon y Daniel Sutherland -inició la ceremonia el sacerdote-, si alguien no está de acuerdo en este enlace que hable ahora o calle para siempre.

Ninguno de los presentes se atrevió ni a respirar, la joven se quedó más tranquila al no oír la interrupción de nadie.

-Daniel, ¿aceptas a Elea como tu única esposa para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida hasta que la muerte os separe?

-Sí, acepto -contestó firme.

-Elea, ¿aceptas a Daniel como tu único esposo para amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida hasta que la muerte os separe?

-Sí, acepto -respondió mirando al sacerdote y seguidamente a Daniel.

-Bien, por el poder que se me ha otorgado yo os declaro marido y mujer. En nombre del padre del hijo y del espíritu santo -les bendijo.

Daniel le dio un corto pero suave beso en sus labios sellando así su enlace. Ya eran marido y mujer.

-Te he entregado a mi hermana, mi fiel amigo -se acercó Darren alzando su voz-. En mi nombre y en el de mi clan para que la honréis.

Con un trozo de tela del tartán entrelazó las manos de los novios.

-Juro que protegeré a esta mujer con mi cuerpo y con mi alma -dijo con seguridad-. Cada día de mi vida, la haré feliz y la veneraré -la miró fijamente a los ojos-, pues ahora ya sois mi familia, ya sois parte de mi.

Las palabras de Daniel la embriagaron o quizá fue él en sí.

-Juro honraros con mi lealtad y mi fidelidad, querido esposo -alzó la voz-. Seré una buena señora para vuestro clan y la madre de vuestros hijos. Nuestras vidas están unidas a partir de este instante para toda la eternidad.

Todos los guerreros aplaudieron y vitorearon haciendo eco en la capilla.

Elea miro a una Morgana enternecida y a Iona que aplaudía muy sonriente. Ella se sentía mejor de lo que hubiera podido imaginar.

Al salir de la capilla todo el mundo se les acercó dándoles la enhorabuena y deseándoles mucha felicidad y prosperidad en su nueva vida de casados mientras que las gaitas sonaban a su alrededor y los tambores retumbaban al compás.

**Sans peur: Sin miedo.*

Capítulo 19

Una vez de vuelta al castillo se celebró un gran banquete. Sacrificaron un par de cerdos para aquella succulenta comida. Los guerreros estaban animados y con alguna copa de más aclamando a su próximo laird el orgullo que les corría por sus venas al pertenecer a ese clan.

-Milord, ya somos marido y mujer -dijo-, podéis llamarme simplemente Elea.

Daniel le gusto esa actitud por parte de la joven.

-¿Estáis segura?

-Lo estoy.

-De acuerdo, te llamaré por tu nombre si a mí también me llamas por el mío.

Elea asintió sonriente.

-Brindo por los recién casados -se alzó Darren con la copa de vino en sus

manos.

Todo el mundo brindó con ellos felices.

-¿Bailamos? -le propuso Daniel.

Se unieron a los bailes de sus gentes, a ambos se les veía con júbilo cosa que a Darren le gustó. Parecía que su hermana ya no estaba tan disgustada y empezaba a poner de su parte para aceptar al guerrero.

La fiesta continuó hasta bien entrada la noche. Una vez concluida, todos se marcharon a sus respectivas habitaciones a descansar.

La pareja yacía en la alcoba de la joven, pasarían la noche allá y al día siguiente marcharían hasta las tierras de los Sutherland.

Estaban los dos sentados en la alfombra de piel, junto al fuego del hogar. El ambiente era cálido. El fuego se reflejaba en los ojos de Daniel y en su rostro, tomaban vino dulce mientras se relajaban para dar paso a la nueva intimidad.

-¿Puedes servirme más vino, por favor? -preguntó entregándole su copa vacía.

-¿No estás bebiendo demasiado?

-Lo necesito.

El guerrero hizo lo que le pidió sin más preguntas, relleno su copa y se la entregó. La muchacha sonrió como agradecimiento y bebió de un sorbo.

-No me tengas miedo Elea -susurró cogiendo las temblorosas manos de ella

para besarlas-. Jamás podría hacerte daño.

-No te tengo miedo, sólo es que estoy algo nerviosa.

-Ven, acércate a mí -dijo de manera tierna.

Elea se acercó y se dejó arropar en su regazo, le gustaba la manera en que él le acariciaba las sienes y el cabello.

El guerrero le miraba con ansía su boca mas tenía miedo de hacer algo mal que estropear ese momento. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató que fue Elea quién, teniendo deseos de besarle le agarró de las mejillas y, sintiendo con las yemas de sus finos dedos la dura barba, le dio un casto beso. Cuando él tomó conciencia de que sus labios estaban unidos, ella se separó. Maravillado por aquella iniciativa no se lo pensó más y la besó de nuevo, con mucha más pasión.

Daniel, se quitó su camisa dejando su fuerte torso al descubierto. La joven acarició recreándose, los pectorales y sus hombros. Estaba ruborizada de tenerlo tan cerca, sin embargo, se levantó y sensualmente se desvistió ante el guerrero quien no podía dejar de observarla detenidamente. Con delicadeza, se posó a horcajadas en él mientras dejaba que le besara su fino cuello, se estremeció cuando la mano de su esposo le acarició los senos y la espalda.

-Quiero que sepas algo -le susurró Elea al oído.

-¿De qué se trata?

-Nadie ha encendido este fuego que llevo dentro como lo has hecho tú.

-Elea... -murmuró excitado.

Daniel sintió perder completamente el juicio y la besó intensamente.

-Tu verdadera virtud la perderás esta noche aquí, en tu lecho junto a mi -
comentó cogiéndola en brazos y posándola en la cama.

Elea asintió dejándose llevar. Sentía los labios de él como buscaban sus senos y mordisqueaba sus pezones rosados, el guerrero se quitó el cinturón y el kilt cayendo piernas abajo, la joven se puso colorada y apartó la vista de su duro miembro. Él, bajó hasta su intimidad con intención de humedecerla y masajearla con su lengua.

Elea sintió un placer inexplicable, más aún, cuando con delicadeza introdujo un par de dedos en su interior.

-¡AH! -gimió ahogada-. Continúa por favor -le susurró.

-¿Te gusta?

-¿Tú qué crees?

-Ven, acaríciame ahora tu a mi -guió la mano de Elea hasta su gran virilidad haciendo gruñir de gozo a Daniel.

Sus lenguas jugaban con habilidad, haciendo crecer la fogosidad a ambos.

El *highlander* no podía más del ardor que sentía al verla, su cuerpo era un verdadero pecado, deseaba poseerla y hacerla su mujer por completo. La joven estaba dispuesta a llegar hasta el final, el temor que había sentido días atrás había desaparecido, sentía cosas que no habían existido en ella antes, ni siquiera con Robert.

Él acercó su miembro a la entrada de su humedad y lentamente se fue hundiendo en ella. Elea, notaba su gran masculinidad que la penetraba y cuando él empezó a moverse con más ímpetu el calor que sentía le hizo perder la noción del tiempo. La manera en que aquel guerrero le hacía el amor con tanta devoción y pasión mas al mismo tiempo con ternura, la hizo sentirse en el paraíso. Embriagada por el placer no podía contener las agudas palabras que salían por su boca.

-¿Estás bien Elea? -preguntó agitado Daniel.

-Mejor que nunca -respondió con la voz entrecortada.

Continuaron su acto de amor hasta que la joven no pudo aguantar más y llegó al clímax de todas esas sensaciones, acabando el guerrero pocos segundos después con un rudo bramido de satisfacción.

-Eres maravillosa -le susurró.

Ella se recostó en su pecho sintiéndose más viva y dichosa que nunca.

Abrazada a ese hombre, sintiendo su cuerpo. Daniel la había amado esa noche como nadie lo había hecho con anterioridad. Por primera vez sintió lo que era hacer el amor, en sus brazos no temía a nada ni a nadie era como si las heridas del pasado se hubieran sanado. Los dos amantes, cayeron rendidos en un sueño profundo esperando al amanecer para partir hasta lo que sería el nuevo hogar de Elea.

Capítulo 19

-Elea... -susurraron con amor-. Despierta dormilona.

La joven abrió los ojos al nuevo día y se encontró con el rostro de Daniel que ya estaba vestido, a los pies de su cama.

-¿Ya ha amanecido? -Preguntó aturdida por el sueño.

-Sí, debemos apurarnos para partir hacia Dunrobin –anunció-. Nos espera un largo camino.

-Hay un problema -dijo angustiada.

-¿Cuál?

-Debo manchar mis sábanas para que nadie dude de mi pureza.

Daniel se mantuvo pensativo y le cuestionó;

-¿Dónde tienes tu daga?

-Allá en el armario, junto a mi baúl -indicó.

Él la agarró y sin pensarlo destapó las sábanas de Elea

-¡Estoy desnuda! -alzó la voz intentando taparse.

-Como si no te hubiera visto anoche.

-¿Qué pretendes hacer? -Cuestionó curiosa.

El guerrero deslizó el filo de la daga sobre su muñeca y varias gotas de sangre se rociaron en las sábanas.

-Ahora nadie se atreverá a sospechar de ti.

Elea le agradeció el gesto. Él se marchó a acabar de revisar que todo estuviera en orden antes de partir. La muchacha se arregló, trenzó sus cabellos y desayunó un poco de leche con avena, varias doncellas del castillo pasaron a su recámara a llevarse el equipaje hacia el carro de caballos y cambiar las sábanas bajo la supervisión de Iona.

-¡Milady ha honrado a su clan! -Estableció una de ellas al ver las gotas de color rojo.

Elea sonrió tímida y respiró aliviada.

-Vamos, vamos -palmeó Iona apurándolas-. Daros prisa no podemos perder más tiempo.

Las muchachas se apuraron y se fueron de la habitación para dejar a solas a las amigas.

-Parece que te ha ido muy bien en tu noche de bodas -sonrió Iona.

-Mejor de lo que creí. Se cortó por mí la muñeca para que nadie dudara de mi virginidad.

-¿De verdad? -dijo asombrada.

Bajaron juntas las escaleras de la fortaleza y salieron al patio donde todos los guerreros del clan Sutherland estaban esperando para salir.

-¿Llevas todo a punto? -preguntó Elea a Iona.

-Sí, creo que no se me olvida nada -respondió-. Voy a echar mucho de menos estas tierras pero prefiero irme contigo que quedarme aquí sin ti.

Elea le acarició el hombro con simpatía.

-Oh Elea... -dijo Morgana apenada tras ellas-, Iona... os voy a extrañar muchísimo queridas.

-Yo también Morgana -la abrazó-, voy a añorar tus consejos y las largas charlas que hacíamos en las noches de verano.

Ambas sonrieron melancólicas.

-Me entristece no estar aquí cuando te crezca más la tripa -añadió con ojos vidriosos-, y perderme el nacimiento de mi primer sobrino o sobrina.

-No te preocupes por eso -le acarició la mejilla con cariño-. En cuanto dé a luz tendrás noticias nuestras, podéis venir a visitarnos de vez en cuando.

-Sí... ahora mi deber es estar junto a mi esposo -miró a Daniel que estaba con *Sultán*.

-Así es -asintió Morgana-. Tened cuidado en el camino.

-Lo haremos mi señora -Iona iba a hacer la última reverencia a Morgana pero ésta la paró.

-No hace falta -la miró a los ojos-. Eres tan importante como Elea para mi, por favor cuidad la una de la otra ¿de acuerdo?

-Oh... -Iona se emocionó y la abrazó.

-Hermana -dijo Darren apareciendo por la puerta-. Qué tengáis buen viaje, por favor escribenos cuando lleguéis a Dunrobin.

-Gracias... -dijo con un hilo de voz incapaz de aguantarse las lágrimas.

-Elea... -la abrazó.

-Te voy a echar mucho de menos Darren -lloró.

-Y yo a ti pequeña pero estoy convencido de que te adaptarás bien allá y sabrás manejarlo todo a la perfección.

-Debemos partir ya -informó Daniel.

-Está bien -concluyó Elea.

-En mi fortaleza siempre seréis bienvenidos -se despidió Daniel de los señores.

-Lo sé, cuida de mi hermana -asintió Darren.

-Así lo haré, amigo.

Los guerreros salieron al galope cruzando el puente de piedra guiados por los tres hermanos Sutherland, Iona subió al carro de caballos mientras que Elea montó en *Hera*. Se despidió de su familia y de su pueblo con la mano, una vez salió de lo que había sido su hogar todos los años de vida que tenía paró a la yegua e hizo que girara, se quedó observando la silueta del castillo alzado en la alta y verde colina. Respiró hondo cerrando los ojos.

-No es un adiós, es un hasta pronto Dunakin -susurró y a los pocos segundos apresuró al animal para que continuara.

Capítulo 20

Elea cansada de cabalgar durante toda la mañana comenzaba a sentir calambres y hormigueo de pies a cintura. Habían salido ya de Skye, el tiempo no les acompañaba pues cuanto más se alejaban de la isla más gris se tornaba el paisaje. Apremió a *Hera* para acercarse a Daniel.

-¿Cuándo podremos descansar? -preguntó.

-Debemos continuar hasta pasado el valle -respondió serio.

-Pero los caballos empiezan a agotarse.

-Son fuertes nuestros animales pueden aguantar varias horas más -comentó.

-¡¿Varias horas más?! -exclamó-. Estoy exhausta y si mi intuición no se equivoca no tardará mucho en llover...

-Elea por favor, no me contradigas -dijo seco-. Aguanta un poco querida, hasta que yo crea conveniente parar.

-Pero Daniel...

-Ya basta -alzó la voz-. He dicho que pararemos cuando yo lo ordene.

Elea se sintió ofendida y, orgullosa se largó al lado de Iona.

-Hermanito, no seas tan gruñón con tu mujercita -expresó Gared.

-Sí, te noto inquieto -añadió Niamh-. Apenas os acabáis de casar ¿no fue bien la noche de bodas?

-¡Cállate bocazas! -gritó.

-Menudo genio -rió-. No he dicho nada malo.

-Déjalo Niamh, él sabrá por qué está así -agregó Gared.

Una hora más tarde, Daniel paró a todos alzando su puño derecho. Los caballos pudieron refrescarse a orillas de un riachuelo y los guerreros aprovecharon para descansar. Iona y Elea estiraron las piernas y tomaron el almuerzo junto a los hermanos.

-Elea, discúlpame si he sido muy brusco contigo -reconoció su esposo.

-Mmfmm...

-¡Ah mujer, odio cuando haces eso!

-Yo odio cuando no se me toma en cuenta -replicó.

-No es eso querida, quería que pasara el peligro.

-¿Qué peligro? -preguntó extrañada.

-Te lo explicaré más tarde ahora debemos continuar -añadió.

-¿Ya?

-Sí, todavía quedan horas de sol debemos aprovecharlas.

Después de cabalgar hasta entrada la tarde, consiguieron acampar a orillas de un pequeño lago. Los hombres montaban las tiendas de campaña, unos se encargaban de encender el fuego y otros, salieron a cazar alguna liebre para la cena. Repartieron platos del guiso y alrededor de las hogueras degustaron con ganas las piezas de carne fresca.

-...Entonces ¿fuiste a ver a tus padres? -Dijo Iona acabando de cenar.

-Así es y me dio mucha tristeza despedirme -añadió Elea-. Les dejé las flores de mi ramo de novia y les prometí volver pronto.

-Estoy segura que ellos estarían muy orgullosos de ti.

Las dos se sonrieron. Elea no se percataba porque estaba absorta en sus pensamientos, sin embargo, Gared no dejaba de observar con deseo a Iona, quien la veía sumamente hermosa cuando las llamas del fuego se fundían con el color de sus cabellos.

La joven doncella, sí que advirtió dicho comportamiento y exaltada se apresuró a decir;

-Me retiro a mi tienda, estoy exhausta, buenas noches.

-Hasta mañana, que descanses.

Hacía una noche algo fría, Elea se estremeció.

-Ven, te daré calor -la acogió Daniel rodeándola con su tartán-. ¿Has cenado bien?

-Sí, todo estaba exquisito -contestó y en un bostezo añadió-. Pero estoy muy cansada me iré a dormir temprano yo también.

-Está bien, debes descansar. Ha sido un día muy duro.

Algunos guerreros se fueron a sus tiendas, pasadas unas horas cambiarían el turno de vigilancia con los demás.

-Hasta mañana -se despidió con un dulce beso.

-Te acompaño -ofreció levantándose con ella.

-Por cierto -dijo Elea ya dentro de la tienda-, tenías que explicarme de que peligro hablabas antes.

-Mañana te lo explico.

-No, Daniel ¿Por qué me dijiste eso? -preguntó seria-. Exijo que me lo digas ahora.

-Está bien -suspiró-. He estado algo nervioso porque esta mañana mientras todos dormíais alguien tuvo el atrevimiento de buscarme.

-¿Qué? -se asombró-. ¿Quién?

-Robert MacLeod.

-¡¿Fue hasta la fortaleza?!

-Me esperaba en las caballerizas y me amenazó.

-¿Qué fue lo que te dijo ese hombre?

-Estaba fuera de sí como si hubiera tomado en exceso,apestaba a whisky.

Repetía que tú eras suya y por más que te llevara lejos él te iba a encontrar.

La joven se puso pálida de repente.

-Oh... -murmuró angustiada-. Dios mío eso es terrible.

-Estuve a punto de darle una paliza a ese malnacido -espetó con rabia-. Me controlé por no hacer un escándalo.

-Hiciste bien.

-No temas, amor mío -le dijo viendo su rostro alarmado-. Me tienes a mí y a todos mis guerreros para protegerte, no permitiré que ese tipo se te acerque.

-¿Cómo me has llamado?

-Em... -dijo pensativo.

-Me has llamado amor mío.

-Lo eres -confesó fijándole la mirada-. Eres ese amor que hace sentirme vivo y me hace querer cuidarte, aunque tú no sientas lo mismo por mí.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Tu actitud hacia mi días atrás, por ejemplo.

-Bueno sí, debo reconocer que no he estado muy receptiva -comentó-. Pero hay algo en mí que ha cambiado, ahora te veo diferente -le acarició el rostro.

-¿Y cómo me ves? -le susurró a escasos centímetros de su boca.

-Pues como un hombre empático y protector -empezó a decir en voz baja.

-¿Qué más?

-Caballeroso y honrado -continuó acercándose a él.

-Ajá...

-Y que despertó en mí un deseo insaciable -le mordió el labio inferior sutilmente.

El *highlander* soltó un bramido de lujuria y la besó con deleite.

-Me vuelves loco Elea... -le susurró mientras bajaba a sus pechos.

-Daniel nos pueden oír -advirtió vergonzosa.

-¡Al demonio! -masculló-. ¡Qué nos oigan hasta Inverness!

Daniel y Elea se desnudaron el uno al otro, sintiendo sus cuerpos arder entre ellos con cada roce, con cada caricia. Allí dentro, en su pequeña tienda de campaña en mitad de la oscuridad y del silencio de la noche desataban su pasión con sigilo.

Capítulo 21

Tardaron dos días más en aproximarse a las tierras del clan Sutherland, llegarían al castillo de Dunrobin hacia el atardecer. Cerca del medio día pararon a descansar, Iona había ido a recoger agua al río junto a un par de guerreros y Elea acompañaba a su marido en las instrucciones que éste mandaba.

-Mi señor -interrumpió un guerrero-. Allá a lo lejos se aproximan un par de hombres -señaló.

Daniel se giró con desconcierto para ver de quiénes se trataban.

-¿Ordenamos posiciones? -propuso otro.

-No, llevan los colores del clan, son de los nuestros -anunció.

En el horizonte se veían cada vez más cercanos dos hombres que cabalgaban apresurados. Una vez a escasos metros de Daniel y sus hermanos uno de ellos alzó la voz para decir;

-Mi señor -bajó del caballo-. Nos manda vuestra madre Lady Elisabeth, traemos noticias de vuestro padre.

-¿Qué le ha sucedido a nuestro padre? -preguntó Gared alarmado.

-Está muy delicado, el médico no cree que aguante una noche más -respondió.

-Debemos continuar de inmediato -dijo Niamh a Daniel.

-Por supuesto -asintió-. Qué todo el mundo siga mi ritmo, no descansaremos más hasta llegar a la fortaleza, ¿entendido? -voceó montando en *Sultán*.

-¡Sí mi señor! -Gritaron los guerreros al unísono.

-Elea -alzó la voz Daniel-. Tenemos que apurarnos, juré a mi padre que viviría hasta verme junto a mi esposa y así será.

Ella asintió.

-¿Qué ocurre? -Susurró Iona a ésta cuando llegaba del río.

-Al parecer el estado de salud del laird Murrion ha empeorado -comentó en voz baja.

-Vaya... qué mala noticia.

-Iona -se aproximó Gared a ella-. Montaréis conmigo.

Capítulo 22

Atrás quedaron las llanuras y las montañas rocosas para adentrarse en los frondosos bosques. Las hojas de los altos árboles eran tan espesas que apenas dejaban pasar la poca luz que le quedaba a ese turbado día. Ya se veía el castillo de Dunrobin pues había un largo camino de tierra que separaba el follaje y los guiaba hacia la entrada. Estaban todos exhaustos y doloridos de la montura, los caballos por suerte eran robustos y pudieron aguantar bien todo aquél ajetreo. Elea se impresionó al ver la fortaleza, era mucho más grande y más alta que la suya. Un par de perros sabuesos *bloodhound*, vinieron a saludarles amigablemente. En la entrada había una guapa mujer mayor de aspecto preocupado que aguardaba inquieta junto a dos doncellas jóvenes.

-¡Madre! -Gritó Gared bajando apresurado del caballo.

-Oh hijos míos -lloró la mujer-. ¡Vuestro padre, vuestro padre!

-¿Padre ya ha...? -Preguntó Niamh incrédulo.

-No, no -negó con la cabeza-. Reposa en nuestra alcoba pero está muy débil -lloró-. Gracias a Dios ya estáis aquí.

-Madre... -le dio un abrazo Daniel-. Es un mal momento mas os debo comunicar que Elea ya es mi esposa.

Elea le hizo una perfecta reverencia y expuso;

-Mis respetos, Lady Elisabeth.

-Oh hija, cuánto lo siento no poder recibirte como mereces -la abrazó con cariño.

-No os preocupéis -añadió-, ahora lo más importante es vuestro esposo.

Cuando miró de cerca a aquella mujer supo a quién habían salido aquellos tres galanes, habían heredado sus ojos azules y su belleza, aunque el paso de los años la habían hecho envejecer conservaba el tipo y el porte como toda una señora. Sus cabellos eran prácticamente grisáceos y los sostenía en un bonito recogido.

-Pasad a verlo -dijo-. No para de preguntar por vosotros.

Daniel entró de la mano de la joven a la recámara de sus padres, sus hermanos se quedaron aguardando lo peor detrás de la puerta en el pasillo, iluminados por las antorchas ardientes. El médico les había informado que no debía ponerse nervioso por su bien y prefirieron espera fuera.

-Daniel hijo, has regresado -dijo con un hilo de voz.

-Claro, os prometí que volvería -sonrió emocionado, arrodillado en la cama de su anciano padre-. Mirad, ella es Elea MacKinnon ¿la recordáis?, ya nos hemos casado.

La joven tenía que tragar con dificultad a causa del nudo que tenía en su garganta.

-Muchacha, acércate -le pidió frunciendo el ceño.

Ella se sentó en la cama.

-Soy la hija menor de William y Margaret MacKinnon, mi señor -anunció.

-¡Oh muchacha, cuánto has crecido! -se sorprendió al reconocerla-. Eras una niña la última vez que te vi.

-Sí -sonrió con los ojos llorosos.

-Tu padre y yo éramos viejos amigos -recordó con ilusión en su rostro-. Me da mucha alegría irme en paz sabiendo que os habéis desposado.

El anciano tosió.

-Padre no os forcéis -le tranquilizó Daniel.

Elisabeth entró con sigilo a la habitación.

-Mira querida, ella es una MacKinnon.

-Sí, Elea ya forma parte de nuestra familia -la miró con cariño-. Aquí la vamos a cuidar muy bien entre todos.

A Elea le agradó mucho esas palabras de aprecio.

-Quiero ver a Gared y Niamh -estableció-. ¿Dónde están?

-No es prudente puedes... -comentó la mujer.

-Quiero hablar con ellos también -replicó.

-Está bien -se dirigió a la puerta para hacer pasar a los dos hermanos.

-¡Mis muchachos! -exclamó sonriente-. ¡Qué son esas caras largas!

-Padre... -le abrazaron emocionados.

A la joven se le encogió el corazón de ver a esos tres fortachones, con apariencia ruda ser tan afectivos y sensibles. Daniel al ver la carita de su mujer, se acercó a ella para rodearla con sus brazos.

-Escuchadme con atención -expresó-. Yo ya he llegado al final de mi vida y no os voy a poder ver casados.

El laird Murrion cada vez respiraba con más dificultad.

-Aunque Daniel sea mi sucesor vosotros debéis aconsejarlo y apoyarlo -continuó-. No me gusta veros así tan decaídos, debéis comprender que la muerte forma parte de la vida. Y vosotros hijos míos tenéis un largo camino por recorrer, por ello quiero que me prometáis una cosa.

-Lo que sea padre -se apresuró a decir Niamh.

-Quiero que me prometáis que vosotros igual que vuestro hermano mayor, encontraréis a una buena muchacha y formaréis una familia -concluyó sin apenas energía.

-Os lo prometo -contestó Gared sin dudar-. Vuestro legado continuará con nuestros hijos.

-Sí, yo también os lo prometo -añadió Niamh-. No le fallaremos, padre.

El anciano sonrió ante esas afirmaciones y cerró los ojos exhalando su último aliento para no abrirlos nunca más.

-¡¿Padre?! -exclamó Niamh alarmado.

Elisabeth se posó derrotada a los pies de su esposo ya fallecido. Elea no pudo evitar derramar sus lágrimas ante ese suceso mientras Daniel la abrazaba con dolor por la inminente pérdida de su padre. Niamh lloraba sin consuelo agarrando la mano inerte y llevándosela al pecho. Gared se levantó y marchó roto por dentro por haber presenciado tan de cerca aquella muerte.

Capítulo 23

-¡¡AAAHHH!! -gritó Gared en el patio de armas sacando toda la ira de su interior-. ¿¿Por qué!?! -lloraba abatido sentado en la húmeda hierba.

Iona rondaba por allá descubriendo las instalaciones, esperando noticias y órdenes de Elea cuando vio al guerrero en ese estado. Dudó si debía acercarse o no mas al verlo tan ofuscado no se lo pensó y se dirigió a él.

-Mi señor -dijo con un hilo de voz.

Gared alzó la vista y la vio delante de él, en ese momento necesitaba abrazarla.

-Iona... -susurró empujándola hacia él-. Mi padre ha fallecido delante de mí.

-Oh... cuánto lo lamento -se apenó.

-Si lo hubierais visto, tenía los ojos rojos y la tez muy pálida, blanca como la leche -comentó-, madre me ha dicho que hasta tosía sangre.

-¿Tosía sangre? -preguntó extrañada.

-Sí -lloró-. No podía ni moverse de los fuertes dolores en las piernas y brazos.

Iona se quedó pensativa, sin embargo, hizo lo que el primer pensamiento le dictó.

-Sé que es una falta de respeto hacia vos esto que voy a decir pero -respiró hondo-, ¿podría verle?

-¿Verle?

-Sí, necesito comprobar algo.

-Em... bueno -balbuceó-. Sí, acompañadme.

Gared guió a la doncella hasta donde yacía el cuerpo de su padre sin vida, posado aún caliente en su lecho.

-Por favor, ¿nos podéis dejar a solas? -Solicitó el guerrero a los demás que continuaban velándole.

Todos marcharon de la habitación y Iona se horrorizó al comprobar que desgraciadamente su intuición no la había fallado en ese momento.

-¡Dios Santo! -posó las manos en su boca, alarmada.

-¿Qué es lo que ocurre? -preguntó Gared.

-¡A vuestro padre le han envenenado! -sentenció.

-¡¡Qué!! -gritó con furia-. ¡No es cierto!-. La cogió de los hombros.

-Yo... yo... -tartamudeó nerviosa.

-¿Cómo lo sabéis?! -voceó.

-¿¡Qué son esos gritos!? -entró Daniel por la puerta muy enfadado.

Cogió a Gared por el cuello de la camisa y espetó:

-Nuestro padre está de cuerpo presente, ten más respeto -le soltó de malas maneras.

-¡Iona asegura que padre ha sido envenenado!

-¿Cómo dices? -se giró con el rostro desencajado mirando a la joven.

Elisabeth se desmayó de la conmoción.

-¡Madre! -la cogió Niamh-. ¡Madre despertad!

-Niamh, lleva a madre a otra recámara -dijo autoritario Daniel-. Elea ayúdale.

-No.

-Elea he dicho que ayudes a Niamh -masculló-. ¡Vamos!

-¡He dicho que no! -le miró a los ojos fijamente-. Si Iona ha dicho eso es porque es cierto.

-Iona, hablad ¿por qué afirmáis que nuestro padre ha sido envenenado? -preguntó más calmado Gared.

-Yo soy entendida de las hierbas medicinales, las mujeres de mi familia han sido siempre curanderas y yo he aprendido esa labor de ellas -comenzó a relatar-. Lady Elea bien lo sabe.

-Así es -lo corroboró ésta.

-Vuestro hermano me explicó con detalles la dolencia de vuestro padre -expuso a Daniel-. Hay una planta, la llaman la *flor de la muerte* que junto a una serie de preparaciones más da pequeñas hemorragias internas de forma continua y fuertes dolores musculares, obviamente si nunca se para de tomarla acaba siendo letal.

-¿Estás segura, Iona? -preguntó Daniel.

-Al principio dudaba -reconoció nerviosa-. Pero cuando he abierto los ojos y la boca de vuestro padre no me ha cabido la menor duda -miró hacia el suelo-. Podéis comprobarlo vos mismo.

Daniel y Gared se acercaron al cuerpo para cerciorarse de lo que Iona estaba contando.

-Están... -murmuraron.

-Sí -asintió con la cabeza-. El color se entorna negro a causa del derrame de sangre en exceso, esa planta es la única capaz de hacerlo, mi... mi hermana murió así... -dijo con un nudo en la garganta.

Se retiró con brío derramando lágrimas de tristeza.

-Iona... -susurró Elea-. Daniel tengo que...

-Ves, tranquila.

Los dos hermanos se quedaron asombrados por lo que le había contado la joven doncella *¿Quién nos ha traicionado?*, pensaba Daniel con rabia en su alma.

-¡AAHH! -bramó con cólera Gared tirando la cómoda del cuarto-. ¡Esto no se va a quedar así!

-¡Iona! -gritó Elea tras la doncella-. ¡Detente!

Iona lloró en los brazos de Elea al recordar lo que le ocurrió a su hermana menor.

-Ya está, ya está -la calmó.

-Lo siento, no he podido evitarlo -se limpió las lágrimas.

-Tranquila.

-Gared ha sido tan duro conmigo... -sollozó tapándose el rostro con sus manos-. Te agradezco que tú sí me creyeras.

-Iona... -se acercó Gared más sereno.

-Os dejo a solas -expuso la joven.

Iona se giró para que no le viera la nariz y los ojos rojos de llorar. Le daba vergüenza.

-Disculpad si os he tratado bruscamente -y sin más se marchó de allí.

-Vuestra indiferencia me está matando... -murmuró al verle marchar.

Capítulo 24

Esa noche, Elea se puso un vestido aterciopelado negro recogiendo sus cabellos en una trenza de espiga. Niamh no podía creer lo que sus hermanos le explicaron, quiso salir a buscar quién se había atrevido a hacerle algo así a su estimado padre. Elisabeth se quedó en una recámara contigua reposando por el disgusto, sus hijos le contaron lo que había ocurrido presionados por ella, pues, quería saber lo que había sucedido realmente. La pobre mujer lloraba sin consuelo en los brazos de los muchachos, una vez se tranquilizó cayó agotada en un profundo sueño, los demás guerreros del clan estaban con incertidumbre por no recibir ninguna noticia de la salud de su señor. Sospechaban la muerte del laird Murrion, más aún cuando no veían a la señora Elisabeth por el comedor, sin embargo, nadie quería pronunciarse hasta que Daniel lo comunicara oficialmente. Allá se encontraban preparados para cenar, sus hombres junto a sus esposas e hijos. Los había reunido para anunciar el trágico suceso. Las antorchas iluminaban las paredes y la sala. Varias cabezas de animales, ciervos y jabalíes se encontraban colgando en el frío granito, que también lucía tapices con el lema del clan. Daniel llegó a la estancia acompañado del brazo de su mujer, detrás le seguían sus hermanos.

-Mi padre el laird Murrion Sutherland, ha fallecido -anunció emitiendo por consejo de Elea que no dijera que había sido asesinado.

Ella guiada por su intuición les comentó en confianza a él y a sus hermanos

que si alguien les había traicionado estaría muy cerca de ellos y era cuestión de tiempo que saliera a la luz quien había sido.

Todos allí tenían el semblante apenado y triste.

-Mañana mismo, se hará el entierro -continuó-, y dentro de unos días haremos oficial la sucesión del puesto.

Los guerreros hicieron un grito de guerra como símbolo de aprobación a lo que Daniel decía.

Al finalizar la cena fueron a sus respectivas habitaciones, había sido un día muy duro y aún quedaba el día siguiente. Nadie tenía ánimos para continuar allí.

Elea miraba desde la ventana de su nuevo cuarto la oscura playa a lo lejos. Era una amplia habitación, con muebles rústicos de madera oscura. La cama que compartiría con Daniel, era ancha y confortable con pieles posadas sobre ella. El fuego del hogar estaba escondido en una esquinera rodeado de piedras macizas.

-Mañana escribiré a tu hermano para que esté enterado de lo ocurrido -dijo Daniel ausente observando a la nada.

-Está bien.

El *highlander*, en un arrebato tiró varios objetos de su escritorio con ira al suelo.

-Ven -se acercó Elea-. Tranquilízate.

-No, no... ¡estoy furioso! -lloró de impotencia-. ¡Cómo es posible que nos hayan hecho algo así!

-Te prometo que encontraremos al culpable.

-Elea... -lloró como un niño en sus brazos-. Siento mucho no haberte presentado como es debido ante mi clan.

-Shh, eso no importa ahora -dijo con cariño.

Daniel encontró cobijo entre la delicadeza de Elea que lo atraía a su pecho dándole su calor y consuelo mientras enredaba su rostro en sus ondulados cabellos de ella.

Capítulo 25

El día se despertó gris y lluvioso. Guerreros, aldeanos y trabajadores del castillo, así como, sirvientas, esposas e hijos se reunieron en el cementerio del clan Sutherland para despedir a quién fue un gran señor para ellos.

-...Qué tenga un descanso eterno en el cielo con nuestro señor... -comentó el sacerdote- ...Amén.

Gaitas escocesas sonaron durante el entierro del buen hombre. A la derecha se encontraba Elea junto a su esposo, que mostraba más entereza que el día anterior, sin embargo, Gared y Niamh seguían muy conmocionados. Les dieron el pésame y les dedicaron palabras de apoyo, otras personas les recordaban lo justo que fue en vida y todo lo que hizo por el clan. Una vez concluido el entierro, los tres hermanos se quedaron a solas frente a la tumba de su padre, Daniel se arrodilló en la hierba mojada ensuciándose las rodillas de barro y dijo con la voz entrecortada;

-Juro vengaré vuestra muerte, padre... -posando su mano en la fría lápida.

-Los tres os lo juramos -añadió Gared con rencor colocando su mano derecha encima de la de su hermano.

Finalmente Niamh situó la suya sobre las de sus hermanos sin que ni una sola palabra pudiera salir de su boca.

-¡¡Lo juro!! -Gritó con toda su fuerza a la vez que los rayos se dibujaban en el oscuro cielo y dejaban paso a su atronador sonido.

Daniel salió de la fortaleza a lomos de *Sultán*, muy acelerado, necesitaba distraerse y desfogarse. Galopaba dirección al bosque. Sin él saberlo Elea le siguió, verle tan descolocado le inquietaba y temía que le pasara algo malo. Estaba preocupada, le apenaba su estado y quería darle su cariño como él le había dado con anterioridad su comprensión. Así que, montó a *Hera* y se fue

sin ser vista. La joven se percató que el guerrero había dejado su caballo atado a un árbol fue entonces cuando hoyó un zambullido.

Entre los espesos matorrales, se escondió para observar a Daniel como salía de unas aguas revueltas por la intensa lluvia bajo una cascada no muy alta. Había dejado sus ropas sobre unas rocas, a la joven le creció un fuego ardiente al ver su torso húmedo, las gotas de agua resbalaban por su piel, sobre su pecho desnudo, le admiraba contemplándole y, mordiéndose el labio inferior suspiraba por él.

-Ya puedes salir Elea... -alzó la voz Daniel-. Te he visto desde que salí del castillo.

Elea se levantó y se giró de espaldas *¿Cómo me ha descubierto?*, pensó abochornada.

-Si querías verme desnudo solamente me lo hubieras dicho -dijo con una voz pícaro.

-¿Cómo te has dado cuenta?

-Tengo buen oído -rió-. Recuerda que se rastrear muy bien.

-Ven, vamos -la animó-. Ya que estás aquí date un baño conmigo.

-Me... me da vergüenza -titubeó.

-¿Vergüenza? -preguntó con guasa-. Pero si ya te he visto desnuda varias veces, mujer.

-Pero era de noche -replicó-. Estábamos a oscuras.

-¡AAHH! -Gritó el guerrero-. ¡Ayuda!

-¿Qué pasa? -Se giró ésta y al no ver a su esposo se alarmó-. ¿Dónde estás?

Vio unas burbujas subir de las aguas y se quitó con agilidad parte de su vestido para zambullirse en el embalse.

-¿Daniel dónde estás...? -dijo saliendo a la superficie-. ¿Daniel?

Él salió detrás suyo y riendo exclamó;

-¡Te lo has creído!

-¡Pero serás estúpido! -Le dio un manotazo en el brazo-. ¡Pensé que te habías ahogado!

-Te hubieras librado de mí -se mofó.

-No digas eso -puso los ojos en blanco-. Ya no me imagino sin ti -dijo en voz baja.

-¿Cómo has dicho?

-He dicho que ya no me imagino sin ti, Daniel Sutherland -repitió con voz más alta.

El guerrero fascinado por sus palabras y preso de su cautiva mirada añadió en un susurro;

-Sígueme -cogió la mano de Elea.

La guió detrás de la cascada, donde la roca húmeda estaba escondida por el velo del agua al caer. Le quitó la ropa mojada que le quedaba y la besó como sólo él sabía hacerlo.

-Debo darte las gracias por estos días tan difíciles. Me has demostrado todo tu apoyo.

-Eso es lo que juramos ante Dios ¿no?

-¿Sólo lo estás cumpliendo por deber? -preguntó molesto.

-No -dijo incapaz de mentirle-. Lo siento aquí -guió la mano del guerrero hasta su corazón.

-¿Qué es lo que sientes?

-Siento que me derrito en tus brazos, que ansío tus caricias cada noche, tus besos son un pedazo de cielo, te busco con afán si no te encuentro, me fuiste indiferente en un principio y ahora... -sonrió-. Ahora estoy completamente prendada de ti.

El *highlander* se maravilló por haber conseguido día a día llegar en más profundidad al corazón de Elea.

-Sabes que yo me sentí atraído hacia ti desde el primer momento en que te vi ¿verdad? -confesó seductor.

-Eso sospechaba -enarcó una ceja, risueña.

-Pero no empecé con buen pie -rió al recordar cuando se atrevió a besarla por primera vez.

-Lo importante no es como se empieza, sino, cómo se termina ¿no? -añadió la joven.

-¿Sabes una cosa? -preguntó él cercano a sus labios.

-¿El qué?

-Te voy a hacer el amor ahora mismo -afirmó.

-Lo estaba deseando.

Daniel alzó con sus manos a Elea y la sujetó con fuerza por las caderas sin dejar de besarla. Después de humedecerla con sus dedos, introdujo su dura hombría en ella haciendo un rudo gemido de satisfacción. La joven disfrutó de esa intimidad, de la pasión que le ofrecía el guerrero y se dejó llenar de él una y otra vez. Los dos amantes escondidos daban rienda suelta a sus sentimientos, sin pensar en el tiempo ni el lugar. Se dejaron embriagar del placer que se ofrecían mutuamente, tocando el paraíso que sólo sentían cuando estaban juntos.

Capítulo 26

Después de tres días de luto, Daniel creyó conveniente que se anunciara esa misma noche su proclamación como nuevo Laird del clan Sutherland y así poder presentar como es debido a Elea como su esposa y señora de Dunrobin.

El día amaneció despejado. Dejando atrás la lluvia que se apoderó de esas tierras días atrás, no obstante, los rayos de sol eran débiles y aún se apreciaba una fresca brisa en el ambiente. Ya desde primera hora de la mañana las doncellas se reunieron en las cocinas para comenzar los preparativos de la reunión. Iona rondaba por allá, ella a demás de seguir siendo la doncella de lady Elea tenía un nuevo trabajo. Lady Elisabeth con la aprobación de los muchachos habían acordado nombrarla encargada de las cocinas y ascenderle el sueldo como muestra de la profunda gratitud al haber descubierto algo tan importante como que el fallecido Laird Murrion había sido asesinado.

Durante los pocos días que Elea llevaba allí, se entretuvo conociendo los alrededores del castillo y todas las recámaras. Nunca se llegó a imaginar que ese lugar le iba a agradar tanto. A la fortaleza la rodeaban frondosos bosques y vegetación, además, Daniel le había enseñado un camino para bajar hasta la playa. Le encantaba sentarse enfrente del mar y respirar su aroma, que le

recordaba a su hogar y tocar con sus manos la fina arena. Pensaba en que en verano, adoraría tomar el sol allá y pasear a lomos de *Hera*. Por las tardes se pasaba largos ratos charlando con lady Elisabeth en el salón, se habían tomado un cariño especial, la mujer era muy hospitalaria y bondadosa con ella. A menudo le decía; *Elea quiero que aquí te sientas como en tu propia casa, ahora pasarás a ser tú la señora del castillo.*

-¿Y para cuándo seré abuela? -Preguntó la anciana de la mano de Elea.

Habían salido por los jardines a caminar y allá estaban los hombres charlando y descansando después del entrenamiento matutino.

-Madre nos acabamos de desposar -contestó Daniel, paciente-. Os vais a destemprar, es mejor que aguardéis dentro.

-Pero yo quiero tener ya nietos -replicó-. Estoy muy vieja, mira que si el señor quiere que me vaya con tu padre...ay... -suspiró.

-Os daremos muchos nietos y viviréis para verles crecer -añadió Gared.

-No sé yo, no sé yo -negó con la cabeza.

-Vayamos dentro, Daniel tiene razón podéis enfermar -dijo Elea-. Aún corre el viento y es fresco.

El guerrero sonrió a su bella mujer, le gustaba que se sintiera cómoda en su hogar y que estimara a su madre. Después de pasar un rato con su suegra, la joven salió en busca de Iona la cual no encontró por ningún lado ¿dónde se habría metido esa muchacha?

-¡Elea, Elea! -Oyó una voz agitada.

Buscó de dónde provenía y vio a su amiga que venía sudada y con las mejillas enrojecidas de esfuerzo al correr.

-¿De dónde vienes? -Preguntó sorprendida.

-Tienes que ver esto -expuso Iona alarmada.

-¿Pero qué te ha pasado?

-Verás... -susurró al oído de Elea.

Ella abrió los ojos estupefacta. Iona cogió a su futura señora de la mano y se la llevó lejos de allí para que comprobara ella misma eso que acababa de presenciar minutos atrás.

Capítulo 27

Cuando entraron Elea y Iona a las cocinas las sirvientas hacían sus labores como de costumbre, tranquilamente y sin ajetreos.

-¡Disculpad mi falta, lady Elea os lo suplico! –Lloró la doncella.

-¡No quiero oír ni una sola palabra más, eres una ramera! -Alegó atusándola del brazo.

Las señoras pararon lo que estaban haciendo y miraron con sorpresa tal espectáculo.

-No tengo a nadie en estas tierras, mi familia está muy lejos de aquí -sollozó.

-¡Eso a mí no me importa, doncella! -Gritó-. Quiero que te deshagas de ese

niño que estás engendrando o te hecho a patadas de la fortaleza -chilló saliendo de las cocinas.

-¡No, no! -Se arrodilló en el suelo-. ¡¡Bruja!! ¡¡Cuánto os odio!! -Dijo una vez que se fue Elea.

Las mujeres siguieron a lo suyo sin decir una sola palabra. Iona, se quedó cabizbaja en la mesa, llorando con sus brazos tapándose el rostro. Cuando una de ellas, viendo que no había nadie más a su alrededor se acercó cuidadosamente y le incitó con malicia;

-¿Quieres deshacerte de la señora?

Iona asintió.

-Yo te diré lo que debes hacer.

-Diría que somos buenas actrices -susurró Iona pasando por delante de Elea.

-¿Ha caído?

-De pleno -se giró con una media sonrisa-. Lo he dejado en tu alcoba, muéstraselo a Daniel.

-Perfecto.

Capítulo 28

Cuando el sol se hubo puesto y la luna alcanzó el cielo, Daniel y Elea estaban expuestos ante su pueblo, sentados en dos amplias sillas de madera delante de un enorme tapiz con el emblema del clan.

-Por la desgracia que nos atizó días atrás -se puso en pie-. No he podido presentar como es debido a mi querida esposa Elea MacKinnon -expuso señalándola y tomándola de la mano.

Todos allá estaban en silencio escuchando con atención el nombramiento de los nuevos señores del clan.

-Es un honor para mí ser laird de estas tierras, en el nombre de mi esposa y mío juramos ante todos los presentes esta noche, ser buenos señores para nuestro clan -comenzó a relatar-. Prometemos ser razonables y justos con el pueblo allegado, así como lo hicieron mis ancestros yo os protegeré de cualquier imprevisto.

La muchedumbre aplaudió cuando se finalizó el acto y expresó palabras de respeto a ambos. La gente esperaba a sus alrededores e iban jurando fidelidad ante ellos, cada guerrero, cada mujer y niño, cada sirviente del clan. Esa noche, la madre del guerrero le había entregado a su nuera un broche de la familia Sutherland que había pasado de generación en generación, decorado con piedras liliáceas y azuladas, la joven agradeció profundamente ese gesto. Él iba bien arreglado con sus cabellos trenzados y recogidos en una coleta alta y una barba aseada y recortada, llevaba puesto el kilt y el plaid sobre su

hombro. Ella, estaba resplandeciente con un vestido verdoso estampado y una melena ondulante que caía sobre sus pechos.

Niamh y Gared se acercaron y juntos se arrodillaron ante ellos para expresar su honra;

-Yo Niamh Sutherland.

-Y yo Gared Sutherland, os prometemos mi señor fidelidad y franqueza.

-Tanto a vos como a vuestra esposa, ahora nuestra señora -añadió su hermano menor-, a quien protegeremos y defenderemos con nuestra vida a partir de este instante.

Daniel asintió con aprobación, los dos hermanos se levantaron dejando paso a los demás. Minutos después Iona se aproximó a ellos, ella también quería y debía mostrar sus respetos.

-Mi señor -se arrodilló-. Por su buena voluntad y su generosidad, yo Iona MacKinnon, os juro mi lealtad a cambio, así como, también os lo juro a vos mi señora.

Elea se emocionó y sonrió a Iona, no hacía falta que le jurase todas esas cosas sabía que ella no le fallaría nunca. Una vez concluidos los actos oficiales, los presentes esperaron a que las doncellas les sirvieran la gustosa cena.

Elea estaba expectante ante lo que se avecinaba, sentada al lado de su esposo y de los hermanos de éste, esperaba impaciente la interrupción de Iona.

-Que disfrutéis de la cena ¡Sláinte! -Alzó la copa Daniel.

-¡Sláinte! -Se oyó el retumbar en las paredes.

Cuando todos se dispusieron a cenar Iona entró apresurada para decir;

-¡Qué nadie pruebe un solo bocado, la comida puede estar envenenada!

Hicieron un grito de sorpresa y horror, se giraron de sus asientos para ver a la mujer que había gritado tal cosa.

-¡¿Cómo dices?! -Actuó Elea levantándose de su silla.

-Mi señora, esta mañana alguien me ofreció veneno para asesinaros.

Cuchicheos y asombros se oían por el salón.

-Estaba en las cocina cuando vos me regañasteis por mi embarazo y se aproximó a mí una mujer para ofrecerme veneno.

Al oír la palabra embarazo Gared dio un respingo en su silla y se inquietó.

-¿Quién? -Preguntó Elea-. ¡Exijo su nombre, doncella!

-Adele, la doncella de lady Elisabeth y ama de llaves de Dunrobin.

-¡Eso es mentira! -Salió la aludida a su defensa-. ¡Jamás he hecho tal cosa!

-No mientas -dijo Elea con dureza-. Yo misma te vi recogiendo la planta para hacer el veneno, hicimos ese papel en cocinas y caíste en la trampa. Iona es mi

doncella de confianza jamás la trataría de ese modo.

-¿C...cómo? -Tartamudeó Adele.

-Quiero hacer saber a todos, que esta mujer -señaló Iona-, es la culpable de la muerte del laird Murrion Sutherland.

Los presentes, no daban crédito a lo que oían, horrorizados hablaban en voz alta y repetían las palabras de Iona.

-¡Esta mujer está loca! -La miró despectivamente Adele-. ¿Cómo voy a envenenar al laird?

-Iona no ha dicho que le hayas envenenado -la miró fijamente a los ojos.

Adele se sintió acorralada observaba su alrededor, la multitud la miraban con odio y furia, hizo un amago de escapar cuando Daniel señaló a sus guerrero con orden de atrapar a la mujer y llevarla al centro del salón.

-Iona, quiero que cuentes a mi gente lo que descubriste en el lecho de muerte de mi padre -anunció Daniel.

-Sí, mi señor -le hizo una corta reverencia-. Descubrí que el laird Murrion había sido asesinado por los síntomas que me habían detallado, además, cuando me percaté que sus mucosas estaban ennegrecidas -añadió-. Solamente hay una planta que es capaz de hacerlo y esta mujer las guardaba en la cocina. Ella misma me dio el veneno ya preparado y se lo entregué a mi señora.

-¿Os suena de algo este frasco? -Preguntó Elea enarcando una ceja.

-Conozco bien el poder de dicho veneno porque mi hermana menor lo tomó a espaldas de mis padres, para abortar cuando la violaron -dijo con los ojos vidriosos-. Le hicieron beber más líquido de lo que su cuerpo pudo aguantar – hizo una pausa-. Yo misma presencié su muerte.

-Gracias Iona por tu testimonio y tu colaboración -agradeció Daniel.

-Estoy para servirlos, mi señor -le hizo una reverencia y pasó al lado de Elea.

-Esta mujer asesinó lenta y con fría meditación a mi padre -alzó la voz el guerrero haciéndola sonar en las paredes de piedra.

-¡Castigadla señor! -apuntó un guerrero.

-¡Se merece el peor de los castigos, azotadla hasta la muerte! -gritó otro.

El público estaba desatado, querían venganza por la traición de la mujer. Daniel les pidió silencio con su puño. Elea pudo observarle las facciones, su esposo se mostraba muy enfadado y tosco.

-Habla Adele, ¿cuál es la causa que te llevó a hacer semejante atrocidad? -preguntó con fiereza.

-Yo no... yo -negó con miedo.

-¡¡Habla!! -Bramó.

A Elea le pareció que la mujer estaba actuando, pues, enseguida le cambió el semblante y tenía aspecto diabólico. Agarró del brazo a su esposo alarmada y susurró;

-¡Daniel está armada!

-El clan Sutherland debe extinguirse -alzó una daga y poniéndosela en el cuello gritó-. ¡Larga vida a los Sinclair!

La ama de llaves deslizó el filo por su garganta quitándose la vida, dejando a todos estupefactos.

-¡No! -Gritó Daniel con el rostro desencajado-. ¡Maldita sea!

-Oh Dios... -Elea empalideció, dándose aire con la mano y sentándose en su asiento.

-Mi señora -corrieron varias doncellas a ayudarla y refrescarla con paños-.
¿Se encuentra bien?

-Estoy muy mareada.

-Retira a mi esposa a nuestra alcoba, Niamh -ordenó Daniel.

-Sí hermano -obedeció-. Ven, Elea -la alzó en brazos.

Iona se tambaleó y perdió el conocimiento al ver la sangre manando a borbotones.

-Iona -la sujetó Gared y cogiéndola entre sus brazos la retiró de allí.

Capítulo 29

Cuando la doncella despertó, se encontró con el rostro del hombre que le quitaba el sentido.

-Mi señor, ¿qué hago aquí? -Se recostó en el lecho apresurada, pues lo último que vieron sus ojos fue el comedor del castillo.

-Os habéis desmayado y os he llevado a mis aposentos.

-¿Qué? -Dijo ruborizada.

-Iona, no quiero meterme en vuestros asuntos pero... ¿estáis en estado?

-En absoluto, era una trampa para que aquella mujer confesara.

Gared se alegró al oír esas palabras, de saber que la muchacha aún se mantenía virgen.

-Siento mucho lo que le ocurrió a vuestra hermana.

-Eso pasó hace ya algunos años...

-De todos modos, gracias por haber destapado a la responsable del asesinato de mi padre, él ya estará descansando en paz.

-No me deis las gracias, debo servir a mis señores, ahora este es mi hogar.

Se hizo un silencio cuando los dos se fijaron las miradas, percibió que el guerrero desviaba la vista hacia su boca.

-Debo atender otros asuntos -se deshizo de las sábanas rápidamente y se puso en pie.

-Esperad -la paró.

Apartó sus mechones rojizos de una caricia y con sus dedos rozó los carnosos labios de ella.

-Os agradezco que me hayáis auxiliado -se despidió Iona afanada dejando a

Gared preso de deseo por ella.

Daniel ordenó a sus guerreros que recogieran y enterraran a las afueras del clan el cuerpo sin vida de la mujer, se sentía indignado. ¿Los Sinclair, es decir, sus vecinos, habían ordenado a aquella mujer que tantos años les había servido, que matara a su difunto padre?

-¿Cómo está Elea? -preguntó a Niamh que volvía a la sala.

-Algo mejor. Le impactó ver la sangre, ya está descansando.

-Escuchadme con atención todos mis guerreros -alzó la voz-. Mañana tendremos una reunión en el patio de armas al amanecer, antes del entrenamiento, debemos hablar sobre lo ocurrido y meditar nuestros próximos pasos.

Los hombres aludidos hicieron un grito tosco de aprobación llenando sus almas de sed de venganza.

Cuando el laird entró a sus aposentos, Elea yacía en la cama esperándole.

-Sigues molesta, ¿no es así?

-¿Tú qué crees? -espetó-. Si mi esposo no cree en mis palabras...

-No es eso querida, es que cuando esta mañana me enseñaste el frasco y me dijiste que visteis a Adele recogiendo las flores, me costó trabajo entenderlo -comentó pausado-. Durante muchos años ha servido a mi familia.

-Sí, pero no debiste dudar de lo que yo vi.

Daniel suspiró.

-Es cierto, discúlpame.

Elea le miró resignada, no podía enfadarse con aquél hombre.

-¿Qué pasará ahora Daniel? -preguntó angustiada.

-No lo sé, de momento he convocado una asamblea mañana para decidir junto a mis hombres -expuso.

-¿Se desatará una batalla?

-Es lo más probable -dijo mientras se desvestía-, tenemos que vengar la muerte de mi padre así lo juré ante su tumba y nadie de este clan descansará hasta ver brotar la sangre del enemigo.

-¿Teníais enemistad con los Sinclair?

-Por nuestra parte no, pero, se ve que ellos sí -añadió-. Mañana mismo enviaré a dos de mis hombres con una misiva explicando lo ocurrido a su laird, no sabemos quién es el que dio órdenes de matar.

-Está bien.

-Por cierto, Darren te manda saludos, devolvió mi mensaje cuando padre murió dándome el pésame. Tendré que enviar a alguien a Skye también para advertirle de lo que está pasando.

-Si hay un enfrentamiento, el clan MacKinnon luchará con vosotros, mi hermano estará de nuestro lado.

-Lo sé -asintió-. Elea, ¿puedo hacerte una pregunta? -dijo recostándose al lado de ésta.

-Sí, dime.

-No sé por dónde empezar -sonrió modesto.

-¿Qué ocurre?

-Te has mareado por ver a esa mujer desangrándose o...

-¿O qué? -se extrañó-. Daniel, dilo de una vez.

-¿Puedes... crees... estar en estado de buena esperanza?

-¿Embarazada?! -Exclamó-. No, no -negó con la cabeza-. Pasé mi periodo hace poco.

-Llegué a pensar que podría ser una señal... -añadió desilusionado-. Bueno, dejémoslo estar.

-¿Desearías un heredero?

-Por supuesto -sonrió-. ¿Cómo no voy a anhelar un hijo de la mujer que amo?

Elea se sonrojó *¿he oído bien, ha dicho que me ama?*

-Llegará cuando menos lo esperemos -le besó con ternura-. Buenas noches cielo.

Capítulo 30

Tal y como anunció Daniel la noche anterior, conversaba con sus guerreros en el patio de armas las estrategias posibles que debían seguir. Pedía opinión a sus guerreros más fieles y tanteaban varias maniobras de ataque. Mandó a dos de sus hombres hacia el castillo de Roslin y otros dos a Skye.

Entretanto Elea salió con *Hera* a pasear por el bosque para no perder la costumbre. Primero bajó por el camino de tierra hasta llegar a la playa y seguidamente se perdió por los bosques buscando un poco de paz. Estaba apoyada en un árbol observando a un par de divertidas ardillas cómo escalaban con maña por el tronco que tenía justo enfrente cuando oyó a lo lejos un par de voces rudas que se acercaban. Por precaución intentó

escondese sin hacer penas ruido entre la vegetación.

-Estoy deseando ver la cara que pondrá el hijo mayor del viejo Murrón al ver el regalito que le envía nuestro laird -rió con malicia.

-Hemos hecho bien de aliarnos con los MacLeod -estableció el otro-. Ese tipo Robert, sí que tiene astucia no como los perros mugrosos de los Sutherland.

Vió entre los matorrales que aquellos hombres llevaban el tartán de los Sinclair.

No puedo creerlo los Sinclair se han unido a los MacLeod. Pensó alarmada.

-Debemos llegar ya a Dunrobin, pronto organizarán la emboscada.

¿Emboscada? ¡Cielos, debo avisar a Daniel cuanto antes!

Elea hizo un mal gesto y tropezó con unos palos secos descubriendo su posición.

-¿Qué ha sido eso? -Murmuró uno de ellos.

-Allá -señaló a Elea.

Desató rápidamente del árbol a *Hera* cuando unas manos mugrientas le taparon la boca.

-Mira qué tenemos aquí, una dama muy fina -dijo con lujuria.

-Y muy hermosa -añadió el otro apestándola con su fétido aliento.

La joven le dio una patada en la entrepierna, haciéndole que cayera de inmediato al suelo y a quien le cubría la boca le mordió en la mano dejándole la marca de sus dientes.

-¡Maldita furcia! -Le dio una bofetada, haciéndole sangrar del labio.

La tiró al suelo pues los hombres eran robustos y gruesos, tenían mucha más fuerza que ella sin duda. Uno, la agarró de las muñecas y le rasgó las faldas, manoseaba sus muslos mientras Elea se revolvió del asco al notar su respiración en su cuello, pensó por un momento que esos hombres iban a abusar de ella. Sacó la daga que siempre llevaba escondida en su cintura y se la clavó en el brazo. El hombre gritaba de dolor y el otro individuo, recuperado del golpe en sus partes, sacó su espada y dispuesto a matarla ella lo esquivó como pudo y montó rápidamente a *Hera* para huir de allí, aunque con rabia el hombre le arañó con el hierro el muslo hiriéndola de gravedad.

-¡Corre *Hera* corre! -Apresuró a la yegua.

Debo decirle a Daniel, todo lo que he oído de la boca de esos forajidos cuanto antes.

Capítulo 31

Pasó cerca de diez minutos cuando Lady Elea, fatigada, volvió a lomos de *Hera* a la fortaleza dejándose caer sobre la crin del animal. Con esfuerzo, desmontó a la yegua y se dirigió hacia donde sabía que estaría su esposo. Tenía que avisarle de inmediato de lo que le había presenciado en el bosque. Los hermanos, descansaban en los escalones del patio de armas, charlando animados entre ellos. Niamh y Daniel se percataron de las miraditas que se

traía Gared con Iona, pero callaron por respeto a la joven, ella les servía amablemente algo de almuerzo, pan horneado a primera hora de la mañana con queso y refrescaban sus gargantas con vino dulce.

-Gracias Iona -dijo Daniel-. Puedes retirarte.

-Con vuestro permiso, mi señor -hizo una reverencia.

Iona no dio ni dos pasos cuando se le cayeron las jarras que sostenía, al ver el estado en que venía su amiga y señora.

-¡¡Elea!! -Gritó horrorizada.

Los tres hombres se levantaron alarmados a mirar hacia donde la doncella dirigía su voz y vieron a la joven con sus ropas sucias y rasgadas.

-¿Qué te ha sucedido? -Preguntó agarrándola de los brazos.

-¡¿Quién se ha atrevido a ponerte la mano encima?! -Exclamó Daniel con rabia al verle el pequeño corte del labio.

-Estaba en el bosque -explicó jadeante-, cuando escuché a unos hombres del clan Sinclair, se dirigen hacia aquí no sé con qué intenciones, ellos me atacaron.

-¿Sinclair? -Cuestionó Niamh.

-Sí, oí algo de que preparaban una emboscada pero eso no es todo, se han aliado con los Macleod, nombraron a Robert Macleod.

Iona se tapó la boca espantada. Elea tenía la respiración entrecortada y estaba

sudando.

-Estoy herida... -anunció con un hilo de voz, dejando ver el gran corte que tenía en su muslo izquierdo.

-¡Cielos Santo! -Se asustó Iona al ver manar tanta sangre por su delgada pierna.

-¡Debemos ayudarla de inmediato! -agregó Gared-. Está perdiendo mucha sangre.

Daniel la cogió en brazos y corrió hacia su alcoba junto a Iona posándola delicadamente en su lecho.

-Tengo frío -dijo castañeando los dientes.

-Dentro de ese armario -señaló a Iona-, tenemos varias mantas, por favor, cógelas.

Taparon a Elea para que no perdiera más temperatura. Daniel se quitó su camisa y rasgándola, ejerció presión sobre la herida.

-Hierve agua con ajos y mete los paños y agujas dentro -indicó a otra muchacha de la servidumbre-. Tendré que coserla -miró a Daniel, quien asintió.

Elea estaba muy pálida, apenas oía nada de lo que hacían a su alrededor. Estaba a punto de perder el conocimiento.

-Elea, resiste... -le susurró al oído Daniel mientras le acariciaba la frente con dulzura.

Rezaba para que la joven se pusiera bien, estaba enfadado consigo mismo por no haberla podido proteger ante tal peligro. Se percató de que un fuerte sentimiento le unía a ella y es que la amaba como a nadie, no podía perderla o enloquecería de dolor.

-Aquí tienes Iona -informó una muchacha dejando la olla al lado del fuego del hogar-. Todo lo que has ordenado.

-Gracias, retírate.

Entre los dos desnudaron a la joven, el guerrero la tapó con las mantas dejando la pierna izquierda al descubierto. La sujetaba entre sus brazos para darle calor, la joven agradeció ese gesto y la reconfortó. Lograron parar la hemorragia, era una herida en diagonal de unos quince centímetros de longitud y profunda, pero por fortuna Iona pudo coserla.

-Esta noche, subiré y te cambiaré las vendas -comentó su amiga-. ¿Cómo te encuentras ahora?

-Me duele horrores -masculló-, y me siento débil.

-Debes reposar -la tranquilizó su esposo.

-En breve te subiré caldo de pollo -añadió retirándose de la recámara-, debes reponer líquidos has perdido mucha sangre.

-Gracias, por tus atenciones Iona -le agradeció Daniel.

Elea le contó cómo la atacaron los bandidos de Sinclair mientras sostenía la

mano de Daniel a quien le dijo;

-Por favor, no te vayas de mi lado -dijo en voz baja-, estoy asustada.

-Tranquila, no me iré -sonrió emocionado.

-¿Qué te pasa?

-Me siento muy culpable por lo que te ha sucedido -respiró hondo-. ¡Lleno de impotencia!

-No tienes la culpa -le acarició una mejilla.

-Sólo de pensar que te podría haber perdido...

Soltó un bramido por la boca.

-¡Mataré a quienes te hayan hecho esto!

-Daniel estoy aterrada si Robert me encuentra... debes avisar a tus hombres... proteger la fortaleza -se apresuró a decir.

-Shh, no te fuerces yo me encargo de todo eso -dijo-. Tú sólo preocúpate en descansar.

Elea asintió y cerró sus ojos para intentar dormir un poco.

Capítulo 32

Mientras Daniel atendía a su esposa los dos tipos que habían atacado a Elea se acercaban cada vez más a la fortaleza.

El laird bajó hacia la entrada del castillo avisado por los guerreros situados en las torres, quienes divisaron a unos extraños con el tartán, ahora enemigo, que se aproximaban.

-¡¿Cómo os atrevéis a pisar mis tierras?! -Exclamó furioso custodiado por sus más despiadados hombres.

-Nuestro laird os manda un presente -dijo en tono irónico.

-No queremos nada que venga de los Sinclair -añadió Niamh con desprecio en su rostro.

-Bueno, en realidad es algo que os pertenece -rió vilmente uno de ellos destapando un saco que llevaba en el hombro.

Todos los presentes tornaron sus expresiones encolerizadas al presenciar las dos cabezas cortadas de sus compañeros rodar en la fría hierba, los hombres que Daniel envió con buenas intenciones para obtener una respuesta. Allí la tenía, el mismo laird de los Sinclair fue quien ordenó la muerte de su padre.

Daniel se lanzó con el pesado hierro hacia uno de esos mensajeros y hundió la espada en su abdomen con furia, matándole en apenas segundos. El otro, empezó a correr despavorido al presenciar la ferocidad de éste pero, en ese caso no llegó lejos ya que Gared quien era muy ágil y veloz, se puso enfrente de él e hizo exactamente lo mismo que su hermano con anterioridad.

-De momento, queda vengado el ultraje a mi mujer -dijo quitando del cuerpo su espada-. Y también a mis dos guerreros.

Iona subió esa noche a la recámara de Elea para ver como se encontraba y de paso servirle la cena, la joven estaba bastante despierta recostada en su cama.

-¿Te duele? -Preguntó cambiándole las vendas por unas secas.

-Un poco, la verdad –hizo una mueca de dolor.

-Este ungüento es muy efectivo, sirve para que no se infecte -expuso-. Está hecho con ajo, aloe vera y no sé cuantas hierbas más.

-Estoy en buenas manos –sonrió.

-Claro, ¿lo dudabas? –dijo risueña-. ¿Tienes más hambre?

-No, ya me he quedado satisfecha, gracias –respondió-. Sin embargo, no sé dónde se ha metido mi marido desde esta mañana que no lo he visto.

-Creo que se ha reunido en la sala.

-¿Reunido? –se extrañó.

-¿Quieres que baje a curiosear?

-Me harías un favor pero que no te vean ¿vale?

-Descuida, enseguida vuelvo.

Iona paró atención, cerca de las escaleras del comedor cuando oyó decir;

-Debemos partir cuanto antes -estableció Gared-. Les cogeremos por sorpresa, antes de que ellos vengán hacia nosotros.

-Sí, yo opino igual que él -dijo Niamh-. Según Elea, pronto iban a hacernos una emboscada no podemos demorarnos más.

-¿Qué sugerís, partir mañana mismo? -Preguntó Daniel.

-Cuanto antes salgamos mejor, meditemos esta noche los movimientos –

añadió su hermano menor.

-¡En una noche no se planea una batalla!

-No podemos esperar, Daniel -insistió Gared-. Es la vida de mucha gente la que está en juego.

-Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes.

Daniel se reunió con sus guerreros más hábiles y veteranos junto a sus hermanos en la sala para decidir qué hacer.

-Pero ellos son muchos más que nosotros si están aliados con los MacLeod -opinó uno de ellos.

-Envié otro mensajero a Darren Mackinnon, pronto vendrá a respaldarnos -estableció Daniel-. ¿Vosotros que opináis?

-Vuestros hermanos llevan razón -expuso James, la mano derecha de Daniel-. Ellos no saben que esos mensajeros yacen muertos, además, unidos a los Mackinnon tenemos todas las de ganar.

-Sí aguardamos más días sospecharan que les habéis matado señor y vendrán con más sed de venganza -agregó Colin.

-¿Tú también piensas lo mismo Harry?

-Sí mi señor -asintió con la cabeza-, estoy de acuerdo con mis compañeros.

-Está bien, mañana mismo partiremos hacia el castillo de Roslin esto es lo que podemos hacer... -comenzó a detallar las posiciones de cada uno, dándoles instrucciones.

Iona se alarmó ¿cómo iban a marchar hacia la batalla de la noche a la mañana?

-¡Elea! -abrió la puerta temblorosa-. ¡Ya sé porqué se han reunido!

Capítulo 33

Daniel entró con sigilo a su alcoba la cual iluminaba el cálido fuego, no quería entorpecer el sueño de Elea, quien estaba convaleciente. Se desvistió y se metió en el lecho junto a ella. Sin embargo, lo que no sabía era que la joven se encontraba en pésimo estado, con el corazón en un puño y llorando en silencio por la inminente ida de éste. El dolor que sentía por pensar que su esposo podía dejarse la vida en la dura batalla era mucho mayor que el que padecía en su muslo.

-Estoy despierta Daniel -hipó Elea-. No puedo conciliar el sueño.

-¿Estás bien, aviso al médico? –Preguntó al verla de esa manera.

-No, no estoy llorando por el daño en mi pierna -se recostó en el lecho-. Se trata de algo peor que eso.

-¿Qué ocurre?

-¡Te vas a ir mañana mismo! -Sollozó-. ¡Te vas a largar dejándome sola, en este estado!

-Elea...

-Sé que has dado muerte a los tipos que me atacaron -añadió-. Pero ¿por qué tenéis que marchar ya?

-Es una táctica de lucha querida, todos lo hemos creído conveniente. Han matado a dos de mis hombres a sangre fría.

-¿Y te da igual morir y abandonarme? -Lloró-, ¿qué será de mí si no vuelves?

-Cuesta entenderlo pero he nacido para ello, debo defender mis tierras y mi gente, incluida a ti -expuso-. No voy a morir, te has casado con uno de los

mejores guerreros de toda Escocia.

A Elea le daba igual toda explicación, ella sentía que algo se le desgarraba por dentro al imaginarle sin vida en el campo de batalla.

-Daniel, te amo -dijo limpiándose las lágrimas.

-¿Has dicho que...?

-¡Qué te amo! -Alzó la voz más fuerte-. No me dejes sola, prométeme que vas a volver.

-Por supuesto que voy a volver y viviremos juntos muchísimas cosas buenas, mi amor - la besó con dulzura.

-Hazme el amor esta noche, como si fuera la última vez.

-Pero Elea, estás enferm...

La joven le besó con todo el afecto que tenía en el pecho.

-No me importa, quiero saborear los últimos instantes que me quedan junto a ti.

¿Cómo iba a negarle hacerle el amor a su querida Elea? Si él también quería llevarse a la dura batalla sus dulces besos y su aroma tan peculiar, para recordarla, para que le diera esa fuerza que le animaba a continuar cuando estaba exhausto de luchar.

-Ven, ponte así -se posó con suma delicadeza encima de ella.

Él paseó sosegadamente su lengua por las zonas donde sabía que la muchacha enloquecía, descansando en su cuello, en sus pechos lozanos mientras le susurraba cuanto la adoraba al oído. Emocionada Elea le correspondió más que nunca, cautivada por los sólidos sentimientos ya anclados en su corazón, bendijo en su mente el día en que su hermano anunciaba su compromiso y revivió cada momento vivido junto a ese fortachón.

-Eres lo mejor que me ha pasado en la vida -dijo Elea con la voz entrecortada.

Pues, no le salía el habla del efecto que hacían en ella las rítmicas embestidas del *highlander*.

-Te amo más que a nada en este mundo, Elea... -gruñó Daniel, perdiéndose en la profundidad de ella-. Mi Elea...

Capítulo 34

Una noche corta pero intensa, dos corazones que se separaban por el deber y que se añorarían durante las horas del día esperando un regreso que, no sabían qué fecha tendría. Cuando Elea abrió sus ojos a la realidad, su adorado esposo ya hacía horas que había partido hacia tierras del clan enemistado junto a sus hermanos y demás guerreros, dejando a otros custodiando la fortaleza y la protección de ésta.

Se levantó como pudo y se quedó absorta en sus pensamientos observando desde la ventana la clara mañana y el azulado mar.

En ese momento, su querida suegra Elisabeth tocó a su puerta y preguntó;

-Querida, ¿puedo pasar?

-Por supuesto, adelante -alzó la voz para que la escuchara.

-¿Cómo te encuentras? -cuestiono con voz cariñosa.

-Si os referís a la herida del muslo, mucho mejor -respondió-, pero en mi pecho hay otra que no cerrará hasta que Daniel vuelva sano y salvo.

-Entiendo cómo te sientes sabes -se posó a su lado-, recuerdo de jóvenes cuando mi esposo, que en paz descansa, tenía que salir a batallar y no volvía hasta pasado los meses -suspiró negando con la cabeza-. Pensé que iba a volverme loca.

-¿Y qué hacíais para remediar el dolor y no pensar en lo que pudiera sucederle?

-Intentaba salir a pasear por la playa o por el bosque -expuso-, charlaba con mis amigas y salía a conocer las gentes del pueblo.

-Tendré que esperar un tiempo para hacer eso -miró con pesar su pierna.

-Podrías ayudarme a tejer un tapiz nuevo que estoy bordando -propuso- ¿Qué te parece, muchacha?

-Claro, me encantaría -sonrió.

Capítulo 35

Varios días más tarde de la marcha hacia Roslin, después de acampar en zonas estratégicas y recibir noticias de que los MacKinnon pronto les alcanzarían, tuvieron otra mejor y es que, los MacKay, el clan de origen de lady Morgana también se uniría junto a ellos para luchar contra los MacLeod y los Sinclair,

táctica que sorprendería al enemigo y no les dejaría indiferentes. La lucha se inició cuando guerreros del clan Sinclair salían de la fortaleza liderados por el viejo laird Ewan, para realizar la esperada emboscada. Lo que no sabían era que los Sutherland les aguardaban en diversos puntos premeditados. Varios hombres de Daniel montados a lomos de los caballos, salieron al ataque para cogerles desprevenidos.

-¡¿Qué demonios?! -Alegó enfurecido Ewan intentando controlar a su semental.

Los Sutherland les ganaban en número de guerreros, ya que, al laird de los Sinclair no contaba con toda la ayuda de los MacLeod al no haberse decidido una fecha específica para desencadenar la batalla, craso error por su parte.

En pocos minutos, salieron muchos más hombres armados del castillo de Roslin, seguramente les habían dado órdenes los guardias de las torres y la situación en el campo estaba más igualada.

Gared y Niamh luchaban fieros, tenían sed de venganza por la muerte de su padre. Esquivaban con maestría los ataques del contrincante y, cuando lo creían conveniente acababan con ellos de un sólo golpe.

-¡Te maldigo por lo que le hiciste a mi padre! -Escupió Daniel a Ewan-. ¿Por qué?, ¡necesito respuestas! Yacía la paz entre nuestras tierras y nos traicionaste.

Se abalanzó contra él y las dos espadas chocaron entre ellas.

-¿Sabes lo que quiere decir la palabra poder? -Masculló.

-¿Poder o envidia?

-Vuestras tierras siempre han dado los máximos rendimientos y el pueblo os aclamaba.

-Eso es porque mi padre supo hacer muy bien su labor como laird, con su esfuerzo y ayudando siempre al prójimo -añadió mientras batallaba incansablemente.

-¡Tendrías que haberte desposado con mi apreciada hija Marjorie, no con una MacKinnon! -Voceó-. Así no la tendría que haber casado con Robert Macleod.

-¿Y arrastrar a mi clan a unirse con unos asesinos como vosotros? -Preguntó irónico-. ¡Jamás!

Señor, os pido que haya el mínimo número de bajas en nuestro clan. Que mi hermano no corra peligro y que Daniel junto a sus hermanos vuelvan a casa pronto. Él lo es todo para mí, moriría de dolor si le ocurriera algo malo.

Elea rezaba arrodillada en la capilla acompañada por su suegra e Iona.

-Murrón, estimado esposo te encargo a nuestros hijos para que les guíes y les protejas desde donde estés. Amén -murmuró Elisabeth angustiada.

Si no vuelve, si su final está en el campo de batalla, yo moriré de pena. Pensó Iona sentada en el banco de madera con los ojos vidriosos. Traedlo de vuelta a su hogar, aunque nunca podamos estar juntos, os lo suplico.

-Vámonos jovencitas, es hora de volver a la fortaleza -anunció Elisabeth.

Elea se levantó y se dejó agarrar el brazo por Elisabeth para ir hacia el carruaje de madera, donde las esperaban un par de mozos para volver al castillo.

Durante el camino, las tres mujeres estaban en silencio, ausentes en sus propios pensamientos y atormentándose por lo peor que pudiera sucederles a sus seres queridos. Iona, que se había aguantado todos esos días el nudo de la garganta y apenas podía dormir por las noches, no soportaba más la pesada cruz que le había tocado sostener y sollozó de tal manera que sobresaltó a Elea, quien conocía perfectamente los sentimientos de su amiga, pues ella se sentía exactamente igual.

-Lo siento, lo siento, no puedo evitarlo... -negó con la cabeza tapándose el rostro con sus manos.

-Iona, cuando uno se siente mal es mejor hablar las cosas -dijo Elisabeth con cariño.

-Sólo me apena esta situación, veros así a ambas... -intentó sonreír.

-A mi no puedes engañarme, muchacha.

-¿Qué?

-Puedo imaginarme que estás así por mi hijo, Gared -estableció.

-Elisabeth, ¿Cómo lo sabéis? -se sorprendió Elea.

-Soy vieja pero no ciega -rió.

-Oh... estoy muy abochornada con vos, mi señora -añadió Iona-. Perdonad mi falta os lo suplico.

-¿Por qué?

-No soy merecedora de vuestro hijo -agachó la cabeza.

-Te equivocas querida, una mujer como tú es lo que mi hijo necesita -sonrió-.

Sólo que él quizá no se haya dado cuenta aún.

Capítulo 36

Un mes después...

-Nos está quedando realmente hermoso este tapiz, ¿no creéis? -preguntó animada Elea.

-Sí, los hilos son de buena calidad -fijó la vista su suegra-. Y los colores que hemos elegidos combinan a la perfección.

Así dedicaba los días la joven, compartiendo anécdotas con la madre de su esposo ante el calor del hogar. Los perros les hacían compañía, descansaban relajados en los pies de las mujeres y ellas se pasaban horas y horas confeccionando un precioso tapiz con los rostros de Daniel y Elea. Elea, quien ya se había recuperado de la herida en el muslo, salía a pasear con Iona por el bosque, recogían flores que se encontraban y hierbas medicinales, también, daba largas caminatas por la playa. Otro día lo dedicó exclusivamente a visitar el pueblo junto a Elisabeth, todos allá la recibieron con buenas palabras y gestos de respeto. La muchacha se sintió como si estuviera en su hogar de origen y eso le ayudaba a adaptarse y a evadirse de los malos pensamientos que le traían al recordar a Daniel. No había noche que no lo añorase en su lecho, anhelaba su presencia y soñaba con el día en que le viera a lo lejos del camino de tierra para correr a sus brazos.

Daniel amor mío, ¿cómo estarás? ¿Pensarás en mi tanto como yo pienso en ti? Se decía a ella misma dando puntadas con la aguja.

-Mi señora -anunció un guerrero entrando por el salón hasta donde estaban suegra y nuera-. Hay un mensajero del clan en la entrada, dice que viene con noticias de nuestro laird.

-¡Oh, señor! -Exclamó Elisabeth-. Ves hija, corre, ves a atenderle.

Elea salió con brío detrás de aquél buen hombre para recibir a dicho mensajero.

-Mi señora -le hizo una reverencia en cuanto la vio-. Os traigo un aviso por parte de vuestro esposo.

-¿De qué se trata, cómo está mi marido? -Preguntó angustiada.

-Tanto él como sus hermanos están bien, me han enviado personalmente para que os informemos del estado de la batalla -respondió.

La joven respiró aliviada.

-Vuestro hermano, el laird Darren Mackinnon se unió junto a los MacKay para luchar junto a nuestro clan, sin embargo, la situación está complicada – informó.

-¿Por qué?

-Todos los guerreros del clan MacLeod se han presentado para respaldar a los Sinclair -prosiguió-. Pero, nuestras disputas afectan directamente a otros vecinos, el clan Gunn.

-¿Y qué queréis decir con eso?

-Ellos están intentando mediar entre ambos clanes, por ello, la batalla durará más tiempo de lo establecido hasta que se llegue a un pacto.

-¡Oh Dios! -Se echó las manos a la cabeza-. ¿De cuantas semanas estamos hablando?

-¿Semanas? -negó con la cabeza-. Meses mi señora, quizá pasen meses hasta que se finalice.

Elea se tambaleó a causa del disgusto ¿meses? ¿Cómo iba a estar meses sin saber de Daniel? No podría resistirlo, aquellas semanas se le hicieron eternas sin él ¿De qué manera iba a aguantar tanto tiempo, sin enloquecer de incertidumbre?

-Mi señora, ¿estáis bien? -La sostuvo-. ¡Ayudadme, lady Elea se encuentra indispuesta! -Alzó la voz.

-¡Elea! -La sujetó de los brazos Iona, que rondaba por allá-. ¿Qué le ha sucedido?

-He traído noticias del laird Daniel, no muy buenas y...

-¿Venís de parte de los Sutherland? -Preguntó ilusionada.

-Así es.

-¿Cómo están, sabéis algo del señor Gared?

-Sí, él se encuentra en perfecto estado al igual que los demás hermanos - comentó-. De momento hay pocas bajas y algunos heridos de poca gravedad.

-¡Alabado sea el señor! -Alzó la voz Elisabeth cuando justo salía por la puerta y oyó la buena nueva.

-Señor, ¿podrías mandar un mensaje a mi esposo? -solicitó Elea una vez más recuperada.

-Yo también necesito entregarle esta misiva a uno de mis hijos -le entregó un sobre.

-Por supuesto, yo les anunciaré lo que me pidáis, señoras.

Capítulo 37

Cuando el mensajero llegó días después a la zona de campamento del clan Sutherland, los hombres descansaban y aprovechaban para curar sus heridas. Alrededor de las fogatas conversaban los hermanos junto a Darren los sucesos de días atrás, cuando el laird del clan Gunn, Christopher, anunció que mediaría para poner fin a una disputa que le estaba trayendo consecuencias negativas en sus tierras.

-Es difícil llegar a un acuerdo y después del asesinato a sangre fría de nuestro padre, más aún -espetó Niamh.

-Si no lo matas tú lo hare yo -añadió Gared mirando a su hermano mayor.

Yo mismo mataré a Ewan Sinclair y a la rata de Robert MacLeod. Pensó Daniel con rabia.

-Aún no sabemos qué pretende Christopher con tal pacto -comentó Darren.

-Siempre han sido gente muy pacífica, no han querido nunca problemas -dijo Daniel con desgana.

-Señor, el mensajero ha vuelto -anunció uno de sus hombres.

Se giraron y vieron al susodicho acercarse al trote y descabalgarse para aproximarse a Daniel.

-Milord -alzó la voz-. Os traigo una noticia que os va a llenar de alegría y júbilo.

-¿De qué se trata? -Preguntó éste.

-Es su esposa, lady Elea está embarazada –informó-. Está esperando un hijo vuestro, mi señor.

-¿Un hijo?! -sonrió emocionado.

-Así es, ella misma me pidió que os lo dijera.

Daniel se sintió el hombre más feliz del mundo al oír esas palabras. Elea estaba embarazada, llevaba dentro un hijo fruto de su amor. En todas esas semanas que había pasado sin ella, anhelaba volver a ver su rostro y pasar días enteros a su lado. Ahora más que nunca debía saldar sus cuentas con sus enemigos y regresar junto a su mujer para ver nacer a su primogénito.

-¡Felicidades, hermano! -le zarandeó Gared por los hombros.

-¡Vamos a ser tíos! -exclamó Niamh.

-Esto sí que es una buena noticia después de tantos problemas -añadió Darren.

Los guerreros que oyeron perfectamente el comunicado vitorearon a su señor y exclamaban;

-¡Larga vida al clan Sutherland!

-¡Qué viva nuestro laird!

-Casi se me olvida -rebuscó hasta encontrar la misiva de lady Elisabeth -señor Gared, su madre le envía esta carta.

-¿A mí? -Preguntó extrañado.

-Sí, me ha dicho que es importante que la leáis

-Uh... está bien, gracias.

Gared se apartó del grupo y, alumbrado por las llamas leyó con detenimiento las palabras que había escritas en ella.

-¿Qué dice nuestra madre? -Preguntó Niamh curioso.

-Nada que te importe -dijo guardando en su camisa el papel-. Vayamos a dormir.

Capítulo 38

Cuatro meses después...

Elea estaba ilusionada con la nueva vida que crecía dentro de ella, supo que estaba embarazada desde el primer momento que empezaron las náuseas y los mareos, pues de su cuñada se había fijado y de las demás mujeres de su clan. Lady Elisabeth se sentía pletórica con la dulce espera de su primer nieto y, afanada tejía ropas y mantas para el bebé que vendría el próximo invierno. Todos allá estaban muy pendientes de su señora, atendiéndola y velando por su estado. Ella se sentía feliz y ágil, salvo los primeros meses de gestación, que, tenía que salir por las mañanas y sentarse en las escaleras de la entrada para respirar aire fresco. Esa acción ya se les quedó como tradición a las mujeres, Iona las acompañaba en el portal y conversaban para entretenerse.

-Me gustaría que viniera una niña, yo sólo he traído varones a este mundo -dijo ilusionada Elisabeth.

-En mi familia hemos sido muchas niñas, sólo una prima lejana tuvo siete hombres y ninguna mujer.

-¿Siete hijos?! -Exclamó Elea- ¡Qué barbaridad!

-El parto de Daniel se me hizo eterno -comentó su suegra-. ¡Ese niño no quería salir y yo estaba exhausta, casi dos días tardé en dar a luz!

-Elisabeth me vais a espantar -rió Elea.

-Con Gared me puse malísima con las contracciones en cambio Niamh, fue todo muy rápido.

De pronto, el viento les trajo el sonido del cuerno que soplaba el guardia de la torre.

-¡Dios Santo! -Se puso en pie Elisabeth-. ¡Están dando aviso, ya vienen!

Elea se levanto con la ayuda de Iona, ambas estaban expectantes y no podían mantenerse a la espera.

-¡Vamos Iona, vamos! -la cogió de las manos y salieron corriendo por el camino de tierra.

-¡Pero Elea, hija, tu embarazo! -Gritó su suegra.

-¡Iré con cuidado!

La joven miraba a sus alrededores, los guerreros venían cansados y otros en camillas malheridos. Algunos se mantenían en pie y guiaban a los caballos. Elea buscaba a Daniel entre todos ellos desesperada. Los hombres la saludaban como podían, pues, la batalla les había dejado fatigados.

-¿¡Daniel!? -Gritó buscándole entre la multitud-. ¿¡Daniel!?

-¡Elea!

La muchacha se giró emocionada de oír la voz de su esposo, lo divisó a lo lejos sosteniendo su espada a las espaldas, tenía aspecto desaliñado y sucio. Sus barbas eran más espesas y su moreno de piel acentuaba el azul cielo de sus ojos.

-¡He vuelto a casa! -Alzó la voz abriendo las manos para recibirla.

-¡Oh Daniel! -Se entornaron sus ojos vidriosos y corrió a sus brazos.

Ambos se fundieron en un abrazo y se besaron con ternura después de los duros meses alejados el uno del otro, aquello era una verdadera recompensa, más que haber ganado la batalla.

-Mi amor, no sabes lo feliz que estoy de saber que vamos a ser padres -le acaricio la curva de su vientre-. No he dejado de pensar en vosotros ni un instante.

-Y tú no sabes cuánto me alegra volver a verte, saber que estás bien -lo cogió de las manos-. Te he añorado tanto...

-¿Y de mí, no te alegras de verme hermanita? -añadió Darren sonriente.

-¡Darren! -Le abrazó-. ¡Por supuesto que sí, rezaba día y noche para que todos estuvierais bien.

-Dios mío, estás... -Miró hacia su barriga.

-¡Como me llames gorda, te zurro! -Espetó.

Darren se carcajeó.

-¿Te quedarás con nosotros?

-Sólo un par de días hasta que recobremos fuerzas –respondió-. Morgana debe estar a punto de dar a luz y quiero estar allá con ella cuando llegue el momento.

-Claro –asintió.

-Seremos tíos casi al mismo tiempo –añadió su hermano-. ¡Quién lo hubiera dicho!

-¡Es un placer volver a veros, mi señor! –Saludó Iona-. A vos también Darren.

-Igualmente Iona –respondió Daniel-, estoy seguro que has cuidado muy bien de Elea.

-Así lo ha hecho –dijo ésta.

-A mí también me complace verte, Iona –añadió Darren poniéndole una mano en el hombro.

-Mi señor, perdonad mi indiscreción pero su herman...

No hizo falta que Iona continuase hablando. Gared se paró al lado de ellos junto a su hermano menor, que lo ayudaba agarrándole por encima de sus hombros. Ambos estaban de aspecto similar a Daniel, salvo Gared que había tenido más heridas en su cuerpo. Justamente una de flecha cerca de la clavícula, la herida estaba controlada pero sus vendas estaban manchadas de sangre y eso escandalizó a la doncella.

Niamh se unió a la conversación con Elea al notar las miradas entre ellos dos, y la felicitaba por su estado, entretanto, Iona y Gared se observaban perplejos.

-Señor Gared –se emocionó-. Me satisface veros de nuevo –dijo con una amplia sonrisa.

-A mí también a vos –murmuró seco, retirándole la vista y continuando su camino.

La cara de felicidad de la doncella se desvaneció por completo mas ella insistió agilizando el paso y poniéndose a su lado.

-Estáis herido, yo misma os puedo atender.

-No es necesario, no os molestéis.

-Pero vuestras vendas están sucias –añadió-, podéis enfermar.

Gared suspiró.

-Está bien –se resignó-, dejaré que me curéis.

-¿Crees que nos oirá? –Preguntó Daniel posando su oído en el vientre de Elea.

-No estoy segura pero a veces cuando le hablo se mueve.

-No puedo ser más feliz Elea –la besó con ternura.

Ambos reposaban en su alcoba, después de que todos los guerreros heridos fueron atendidos por las sirvientas. Se organizó una suculenta cena para que repusieran fuerzas y cada uno descansó en sus respectivos cuartos. Uno de los momentos más emotivos sin duda fue cuando los hombres se reencontraron con sus esposas e hijos. Lady Elisabeth se maravilló al ver a sus tres muchachos regresar a casa, ahora ya estaba en paz sabiendo que estaban a salvo.

-¿Entonces, Robert se casó con Marjorie Sinclair?

-Así es y pronto lo proclamarán laird del clan MacLeod –apuntó-. Uno de mis guerreros dio muerte a su padre.

-Temo que quiera venganza.

-Por ahora no, Christopher Gunn consiguió establecer un pacto entre los clanes.

-¿Y quién ocupara el lugar de Ewan Sinclair? –cuestionó.

-Tiene un hijo varón, seguramente él tome el puesto –respondió. No pude evitar cortarle el cuello a ese malnacido, para cuando dimos el visto bueno a la tregua, ya habíamos derramado mucha sangre.

-¿En qué consistía esa tregua, qué quiere Gunn a cambio de la paz?

-Una alianza entre nuestros clanes –reveló.

Prólogo

Varios meses después...

La entrada del invierno fue algo muy esperado por los Sutherland, estaban deseosos de que Elea alumbrara a un nuevo miembro de la familia. Ver la nieve en las montañas de los predios era un espectáculo digno de vivir. Morgana, ya había dado a luz a un precioso niño llamado Logan y ambos se encontraban en buen estado de salud, ese pequeño sería algún día laird del clan MacKinnon.

-Mi señora, ya falta poco pero debéis empujar con más fuerza –indicó la partera.

Elea le hizo caso y soltó un grito rudo de dolor mientras utilizaba todas sus energías para que la criatura llegara al mundo.

-Bien, descansad señora y respirad.

Iona estaba con ella apoyándola en su alcoba, posada a su lado en el lecho, remojándola con paños húmedos y dándole palabras de alivio. Se había encargado de que todo estuviera listo; paños secos y húmedos, agua tibia, agujas e hilos de coser, todo lo que aquella señora le había pedido.

-Lo haces muy bien, Elea –la animó la doncella.

Entre tanto en el salón, esperaban lady Elisabeth junto a sus hijos para que le dieran la noticia de que el bebé había nacido y se encontraba bien al igual que su madre.

Daniel, que no podía parar sentado, daba vueltas de acá para allá acongojado por los bramidos de su mujer cuando, segundos después se oyó a lo lejos un llanto agudo.

Se dio la vuelta atónito para mirar hacia las habitaciones, Gared y Niamh se levantaron de pronto cuando vieron a Iona bajar apresurada las escaleras, quien anunció;

-¡Mi señor, lady Elea ha dado a luz a un varón!

-¿¡Un niño!? –repitió maravillado.

-¡Un niño! –aplaudió Elisabeth risueña-. Yo que creí que llevaba una niña.

-Así es, es un niño muy fuerte y sano –dijo con júbilo.

-¡Enhorabuena, Daniel! -Le abrazaron sus hermanos-. ¡Ya eres padre!

-¿Y cómo se encuentra mi esposa?

-Muy bien, ha ido todo muy bien, ya podéis pasar a verlos.

Elea estaba agotada por el esfuerzo físico que le había supuesto el parto, sin embargo, tener a esa criatura entre sus brazos la hizo sentirse la mujer más afortunada del mundo. Amaba tanto a esa personita indefensa como a su padre, emocionada, no podía apartar la vista de él mientras lo acunaba y le susurraba palabras de cariño.

-Elea...

Alzó la vista y vio a Daniel asomarse por la puerta.

-Ha ido todo perfectamente, mi señor –dijo la partera acabando de recoger sus cosas. Le dejaré las indicaciones que debe seguir estos días a su doncella.

-Gracias por su labor.

-A vos –le hizo una reverencia a cada uno-. Mi señora.

-Gracias por todo –se despidió Elea.

Y sin más la mujer se fue de allí.

-Oh cielos, es hermoso –se sentó emocionado junto a Elea.

-Sí que lo es –sonrió ésta-. Toma, cógelo –se lo entregó.

-Es tan pequeño y se ve tan frágil –dijo Daniel en voz baja mientras le cogía su manita.

-Pero un día crecerá y será tan grandullón como su padre –rió Elea haciendo sonreír a Daniel también.

-Ahora somos una familia, la que siempre soñé tener a tu lado –le dio a la joven un tierno beso en la frente-. Eres toda una guerrera.

Horas después del alumbramiento reunidos por órdenes del laird, todos yacían esperando en la sala para presentar a su primogénito ante su gente. Daniel bajó con el pequeño entre sus brazos y se dirigió hacia el centro de la estancia.

-Tengo el honor de presentaros a mi primer hijo, Kenneth Sutherland, quien será mi sucesor para continuar el legado de nuestro clan –anunció en voz alta.

Los guerreros aclamaban a su señor y aplaudieron con orgullo.

Cuando Elea se hubo recuperado, aún el temporal de llovizna y nieve no había acabado. Por ello, debieron esperar hasta la primavera para partir hacia Skye

y visitar a su familia y a su pueblo.

-¡Adiós Elea! –La despidió Iona con la mano–. Dales recuerdos a todos.

-¡De tu parte! –Voceó ésta-. ¿Seguro que estarás bien?

-¡¿Qué?!

-¡¡Qué si estarás bien!! –Gritó más fuerte.

-¡Sí descuida, las pelirrojas somos de hierro!

O eso decía mi madre. Pensó resignada.

Les acompañaban varios guerreros en el viaje por seguridad. Elea y el pequeño Kenneth descansaban en el carruaje de los Sutherland y Daniel cabalgaba con Sultán. Después de largos días de camino, Elea observó ilusionada como se mantenía alzado en lo alto de la colina su estimado castillo de Dunakin.

-Hemos llegado, querida –anunció el guerrero ya pasando por el puente de piedra.

A lo lejos divisaron a Darren y a Morgana que sostenía en sus brazos a Logan y les saludaban emocionados por su llegada.

He vuelto a mi hogar, aquí es donde comenzó todo. Suspiró mirando a su alrededor, rememorando su historia de amor con el highlander.

